

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

10 DE MARZO DE 1893

Nº 29

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4

UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA

DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

(4.000 EJEMPLARES)

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

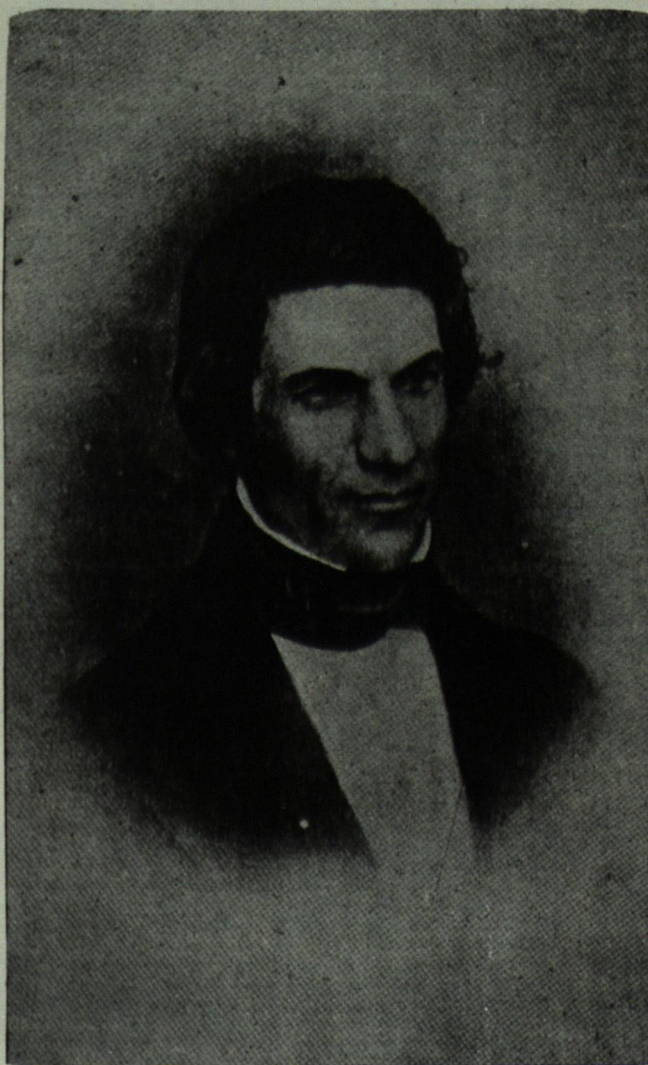
SUMARIO

TEXTO.—Dr. Luciano Arocha, *apuntes biográficos*.—El banano en América, *por el Dr. A. Ernst*.—El Dr. Eduardo Calcaño, *por E. M. y M.*.—Imitación, *poesía por Eduardo Calcaño*.—Juliana la Lavandera, *por el Dr. Anibal Domínguez*.—Don José M. Manrique, *apuntes biográficos por A. H. T.*.—Almas inquietas, *por el Dr. José Gil Fortoul*.—Pensamientos, *por F. Sáez*.—Recuerdos, *poesía por P. Fortoul Hurlado*.—Helénica, *poesía por Gabriel E. Muñoz*.—El Cura de Cucufán, *por Alfonso Daudet*.—Redención, *poesía por Samuel Darío Maldonado*.—Los sistemas

termométricos, *traducido de La Nature*.—Semblanzas de Próceres Civiles, *por el Dr. E. A. Yanes*.—El Tocador, *por la Baronesa Staffe*.—NUESTROS GRABADOS.—Su Cara Mitad.—REVISTA DE LA QUINCENA.

GRABADOS.—Dr. Luciano Arocha, *de fotografía*.—Dr. Eduardo Calcaño, *de fotografía*.—Don José M. Manrique, *de fotografía*.—El Ángel de las tumbas de los soldados muertos en la última Revolución de Venezuela, *dibujo al lápiz por A. Herrera Toro*.—Guayana (Venezuela): Terrenos auríferos del Potosí.—CARE-

NERO: Pueblo Nuevo.—Carenero, vista de Sur á Norte.—Ferrocarril de Carenero.—Oficina y residencia de la oficialidad de la Compañía, *de fotografías*.—Pueblo de Higuerote: (Venezuela); Desembocadura del Río Curiepe.—Río Curiepe: Vista de Norte á Sur.—Pueblo de Higuerote: Calle del Cardenal, *de fotografías*.—La Sagrada Cena, *por Leonardo de Vinari*.—MARACAIBO: (Venezuela) Plaza Concordia y Palacio de Gobierno, *de fotografías*.—MUSICA: Valse "Las Violetas," *por la señorita Trina Castillo*.



DOCTOR LUCIANO AROCHA

DR. LUCIANO AROCHA

Escasez de tiempo por una parte, y carencia casi absoluta de conocimientos técnicos en Medicina por la otra, nos privan del placer de reseñar con extensión y cabalidad la vida de este reputado médico, cuyo nombre se venera en la sociedad caraqueña como el de un hombre que supo siempre practicar el bien, y consagró toda su vida al estudio y adelantamiento de la ciencia que profesaba.

Las líneas que á continuación publicamos, nos han sido generosamente otorgadas por otro sabio médico, amigo nuestro, quien tiene preparada para no lejano tiempo la publicación de una muy notable obra biográfica de médicos venezolanos. Como verá el lector, los siguientes renglones no son más que ligerísimos apuntes, y de ninguna manera pueden revestir el carácter de estudio, sino el muy modesto de datos simplemente biográficos.

"El doctor Luciano Arocha nació en la 2.^a década de este siglo; perdió muy temprano á su padre. Era extrema la pobreza de su casa, y tenía que trabajar desde muy niño para ayudar á sostener á su madre, que amó toda la vida con pasión. Era su salud achacosa, y no obstante esto trabajaba hasta media noche para subvenir á sus necesidades. Se decidió por los estudios médicos y figuró como aplicado y sobresaliente en ellos. El año de 1842 recibió la bota de doctor y presentó una tesis en latín, sobre la rabia, que revela erudición. Después se dirigió á los Llanos de Apure y Calabozo donde reinaba mortífera fiebre, con el fin de estudiarla, é hizo grandes servicios á estas poblaciones; distinguiéndose como práctico consumado y observador, y muy especialmente como hombre de caridad; todos los habitantes recibieron consuelos y cuidados y le dieron testimonio de deferencia y gratitud. De allí regresó á Caracas para realizar su viaje á Europa con el fin de perfeccionar sus estudios médicos; visitó los principales centros de progreso, —París, Londres y Edimburgo; y en cinco años de permanencia en estos lugares adquirió extensos conocimientos en todos los ramos de las ciencias médicas y en especial en el de Obstetricia que estudió con tezon. Vuelto á su patria, adquirió celebridad como médico distinguido, como filántropo y como hombre de una probidad excepcional. Regentó la clase de Patología general; é hizo la laboriosa traducción de la obra de William, en que invirtió muchos años purificando su estilo y poniéndola al nivel de los adelantos de la época. Su salud valetudinaria, deteriorada por los años y por la práctica profesional, fué á peor cada día y en sus últimos años apenas por complacencia asistía á las juntas, rehusando toda remuneración porque decía que no estaba en práctica.

Acometido de grave enfermedad sucumbió á los pocos días, dejando un nombre respetado y querido; siendo su muerte objeto de duelo público.

Su biblioteca, acaso la más completa de las que hay en esta ciudad, y sus instrumentos, pasaron por disposición suya á la Universidad.

Arocha ha dejado ejemplos dignos de imitarse, y tenía eximias virtudes que enaltecen su memoria y le hacen digno de veneración."

EL COJO ILUSTRADO se honra en publicar su retrato.

OBSERVACIONES SOBRE LA HISTORIA DEL BANANO EN AMERICA

POR A. ERNST

II

Haremos algunas observaciones lingüísticas sobre el nombre *plátano* que lleva el banano en castellano, y sobre algunos otros que tiene en varias lenguas indígenas de la América meridional.

La identidad fonética del primero al de otra

planta muy diferente (*Platanus occidentalis*) había llamado ya la atención del viejo cronista Oviedo, quien ostenta toda su erudición clásica para demostrar que el plátano de América y el árbol del Asia Menor no son la misma cosa. Es cosa sabida que los castellanos tenían por costumbre dar los nombres de plantas de su península á los vegetales nuevos que encontraron en los países recién descubiertos, si había alguna semejanza exterior entre unas y otros; pero en el caso del *plátano* es de todo punto imposible admitir una transmisión de esta especie. Por mucho tiempo he buscado una explicación satisfactoria del origen del nombre que nos ocupa, y creo haber hallado una que me parece aceptable.

Claro está que el banano no pudo tener denominación castellana antes de ser conocido por los españoles. Pues bien, ellos deben haber visto con frecuencia esta planta durante la célebre expedición de Magalhães, y poco después en los viajes anteriores á la conquista de las islas Filipinas, ya que en aquellas regiones de las Indias Orientales el banano, desde tiempos muy remotos, era objeto de un cultivo muy general. Rumphius, refiere que una de sus variedades más comunes se llamaba *pisang* ó *balan* tanto en Amboina, Ternate y algunas otras islas, y en este último nombre que fácilmente podía perder la vocal de la primera sílaba, veo el origen de la palabra *plátano*, ó más bien *plantano*, como aún hoy se dice á veces en las islas Filipinas, según nos informa el doctor Blumentritt en su Vocabulario de los provincialismos usados en el habla castellana de dichas islas. Esta forma antigua la cambiaron los franceses en *plantanier*, y los ingleses en *plantain*.

La palabra *balan* ó *palan* la trae ya Plinio en cierto lugar del libro XII de su Historia Natural, y viene de ella también el nombre *banana*. En nuestra América esta voz ha llegado á ser de una fecundidad extraordinaria, por que de ella se derivan los nombres de las especies cultivadas de Musa en gran número de lenguas indígenas. Hay sin duda también nombres de otro origen, lo que no es de extrañar, puesto que las lenguas americanas son eminentemente descriptivas, resultando de esta circunstancia muchas variaciones en la nomenclatura de los productos naturales, según las diversas propiedades que de preferencia llamaban la atención de los indígenas.

Los nombres del banano en las lenguas de la familia caribe (*baturu*, *paluru*, *balulu*, *paruru*, etc.) vendrían según R. von den Steinen de la voz *paru* que significa *agua* ó *rio* en la lengua de los bakairis, tribu caribe descubierta por este viajero en las orillas del río Xingu, y que parece ser un resto del núcleo primitivo de dicha familia. Apoya su opinión en una observación del Padre Gilij de que "un campo cubierto de bananos y atravesado por un riachuelo que mantiene las plantas siempre frescas, presenta un aspecto verdaderamente magnífico," y agrega que nada se puede objetar contra esta etimología, si se considera además que el nombre *guineo* en la lengua de los guajiros, en la cual *guin* significa *agua*, es otro ejemplo de la misma formación, siendo por eso el banano el *fruto de los riachuelos*, ó *del agua*. No puedo de ningún modo aceptar esta opinión: porque en primer lugar no veo que las palabras de Gilij tengan la más mínima relación con la etimología del nombre en cuestión, y en segundo lugar los guajiros no dicen *guineo* (con diéresis), sino *guineo* (sin diéresis), que es la palabra castellana de la especie traída de la costa de la Guinea. Esta especie es la *Musa sapientum*; mientras que la *Musa paradisiaca* (nuestro *plátano*) lo llaman los guajiros *prana* ó *purana* (la *u* de la primera sílaba es casi muda), voz que sin duda viene de *banana*.

¿Pero cual es entonces la raíz del caribe *paruru* y de las demás formas análogas? Me inclino á creer que esta palabra no es otra cosa que una corrupción fonética de *banana*. A primera vista la diferencia parece muy grande; pero hay formas intermedias como *banala*, *banara*, *panara*, *banau-ra* (citadas por Martius), y existen probablemente aún otras que completan la serie de las análogas.

El señor R. von den Steinen deriva el nombre *bacoba* del plátano, usado en el Brasil, del portugués *bago* que, según él, significa *baya*, *racimo*. Dudo que tenga tal significado, y creo además que carece de fundamento la etimología propuesta por aquel célebre explorador. Almeida Nogueira, en su vocabulario guaraní, traduce la palabra *pacob* por "folha de se-extender ou de enrolar," y agrega que es "nome generico das musaceas." *Pacoba* es pues una denominación general para todas las musaceas de hojas grandes, aplicada más tarde especialmente al banano, planta que sin duda debía llamar la atención de los indígenas por las grandes dimensiones de sus hojas.

EL DR. D. EDUARDO CALCAÑO

Deuda de no escasa importancia para nosotros es la que con el señor Don Eduardo Calcaño tenemos desde hace mucho tiempo contraída; deuda quizás ignorada por el acreedor, y que á solventarla no es poderoso nuestro solo querer, bien que á ello tienda siempre que, como ahora, la ocasión se ofrece de dar algo á buena cuenta, muy poco, sí, pero no faltar el valor que alcanza todo aquello que se hace de buena voluntad.

Debemos en gran parte á Don Eduardo Calcaño nuestro amor á las letras: fueron sus escritos de los primeros que en nuestra infancia nos movieron á la admiración por el arte de decir, y fué asimismo oyendo sus discursos que empezamos á darnos á entender lo que era la elocuencia. Nuestra admiración por este notabilísimo orador y escritor galano viene, pues, desde nuestra infancia, y, lejos de disminuirse, aquella crece ante cada nueva obra del reputado literato que en la patria de nuestra hermosa lengua fué aplaudido como artista de la palabra y como docto en las bellas letras castellanas. Dicho esto á nadie habrá de sorprender el que le tengamos en tal estima como hombre de letras que no encontremos, aquí y en estos tiempos, á quien poner por sobre él entre nuestros ingenios literarios. Entiéndase que hemos dicho, entre nuestros ingenios, supuesto que no es fácil á quien no es docto precisar el puesto que tiene aquél que sí lo es, en la jerarquía del saber.

Es Don Eduardo Calcaño abogado de la República, hombre de muchas luces en la ciencia del derecho que con acierto sabe difundir desde la cátedra; elocuente orador, de aquellos cortados para la tribuna académica y para hablar ante las damas; poeta lírico muy apreciable; galanísimo escritor; músico entendido que compone inspiradas melodías. En suma, naturaleza moral cuyo campo de acción es el ameno campo de la estética.

Hombre de maneras perfectamente cultas, que conoce á maravilla el arte de conversar, en que luce su chispeante ingenio; bromista fino, expansivo y afable en el trato, el señor Calcaño posee sin disputa el dón de la sociabilidad en grado tal que no es para ser vista con indiferencia la ocasión de sostener amena plática con él.

Don Eduardo Calcaño es autor de no pocas obras selectas que, por ser sobradamente conocidas, no creemos necesario enumerar. Ha sido en distintas ocasiones Ministro de Estado, miembro del Congreso, y una vez plenipotenciario de Venezuela en España. Es miembro de número de la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, y, si no estamos errados, también pertenece á la Academia Nacional de la Historia.

De propósito hemos excusado emitir concepto alguno que nos haga aparecer con tendencias á formular juicio sobre la índole literaria del señor Calcaño, sobre los caracteres distintivos de sus obras, sobre su escuela filosófica, sobre su personalidad política: todo esto sería materia de un extenso trabajo en que pudiese campear con galanura más docta pluma que la nuestra. Como bien se vé, nuestro móvil ha sido sólo el de celebrar con todo entusiasmo la aparición en las páginas de este periódico, del retrato de aquél á quien se ha llamado en varias ocasiones el *Castelar venezolano*.

E. M. y M.

IMITACION

Cuando al caer las hojas del otoño

Vayas entristecida al camposanto

A buscar con ternura diligente

Mi cruz humilde entre la hierba mustia,—

En un rincón la encontrarás, cercada

De flores mil que brotarán piadosas

A acompañar mi soledad sombría.

Desprende de su tallo

Para adornar tu hermosa cabellera,

Las de colores tristes

Que de mi corazón habrán nacido;

Porque son esas flores

Los cantos de dolor que ahogué en mi pecho,

Las palabras de amor que no te dije.

EDUARDO CALCAÑO.

JULIANA LA LAVANDERA

NOVELA ORIGINAL

POR EL DR. ANIBAL DOMINICI

Continuación

III

Cuántos días duraron la fiebre y el delirio de los amantes no sé. Puedo asegurar que no fueron muchos, porque pronto se hizo público el vencimiento de Ana, y el andaluz desapareció de la ciudad; ignórase cómo y por dónde.

Cobró seguramente miedo de ser castigado por el odio ó el despecho de los antiguos adoradores de su querida, cuanto más que al mismo tiempo se descubrieron hechos y circunstancias de su existencia anterior, que no le recomendaban mucho ni poco. El tunante era casado en Sevilla; por tahurías estuvo preso en Madrid, después pasó á Indias, llegó á Méjico y mató á un hombre en una rifa, se escapó, dió la vuelta por la Habana, donde vivió algunos meses en grande entre histriones, jugadores y cortesanas; y al fin arribó á tierra de Venezuela, en la cual halló la excelente acogida que sabemos, y gozó del impagable amor de la deliciósima Ana.

Desde la hora fatal de su caída la desventurada muchacha no volvió á poner los pies en la calle. Se encerró con su abuela, humilde viejecita que la había criado y adoraba en ella, y con Julián, el hermanito único que tenía, el cual rayaba en los catorce años, y era como ella huérfano.

Estuvo enferma más de ocho meses, de tanto cuidado que médicos y enfermeras creyeron que se moría. Porque, según decían ellos, no se le conocía calentura ni dolencia de ningún género, y se mantenía llorando, y no comía, ni bebía, ni dormía, ni se movía á nada, y la atacaban continuos vértigos y temblores, y otras veces se quedaba horas sobre horas rígida, yerta, de tal suerte que llegaban á creer que había subido de esta vida á la otra, y en volviendo se daba á gritar y quejarse como loca días seguidos. Se puso tan pálida, ojerosa y descaecida que causaba lástima verla. Los que oían referir su situación deseaban que falleciera cuanto antes, para que descansase de tantos sufrimientos como á la infeliz agobiaban.

Al cabo, triunfó, según dicen, la naturaleza: Ana reapareció en la superficie de la vida por entre las olas de la muerte, y dió á luz una chiquirritica, que parecía un serafincito de oro. Al saber que de su vientre había salido algo vivo, se despertó en su corazón un odio espantoso contra el funesto Padilla, la asaltó un deseo irresistible de destruir con sus manos temblorosas, enflaquecidas, eso que había excretado su cuerpo, y se propuso allá en su mente, todavía delirante, bajarse de la cama en la noche, después que todos estuviesen dormidos, hacer pedazos con los dientes y las uñas, y botar luego á la calle, aquel fruto maldito de las abominables caricias del traidor, y se gozaba de antemano en lo que ella llamaba su justicia y su venganza. Pero, cuando trascurridas algunas horas de reposo, tomó la anciana abuela la criaturita, que apenas se le notaba en las manos, la colocó sobre el seno de Ana, y sintió ésta el contacto suavísimo de los labios tibios

del ángel que besaban el botón de su desmechado pecho, y buscaban en él para vivir el alimento que no se había formado aún, apretó los ojos, su cuerpo se agitó con un temblor que no había experimentado nunca, vió dentro de su alma como una llamarada de fuego, que la reanimaba, oyó en lo profundo de su corazón latidos nuevos para ella, advirtió que su sangre circulaba con un calor desconocido. y abrió los párpados, y llevó las manos trémulas de emoción hacia el sér que la llamaba á la vida, y se incorporó en el lecho, y acercó el rostro, y cubrió de besos y bañó en lágrimas á la hijita de sus entrañas, á la hijita que Dios acababa de darle, para indemnizarla de sus penas y colmarla de mercedes!

La vieja lloró también, y por encima del rumor de los sollozos entrecortados de la abuela

la compasión no fué luego causa de que la prefiriesen, sino su inteligencia, su esmero y su exactitud. Sufragaba por esto sola todos los gastos de la familia, sin mayor dificultad: cuidaba á la abuelita, que tanto había sufrido por ella en su pasada enfermedad, cuidaba á su hermanito Julián, que era tan bueno, y cuidaba á su Carmen, á la cual tenía sobre las niñas de los ojos, y le sobraba dinero para vestirla, adornarla y perfumarla, como á una infanta de la sangre real.

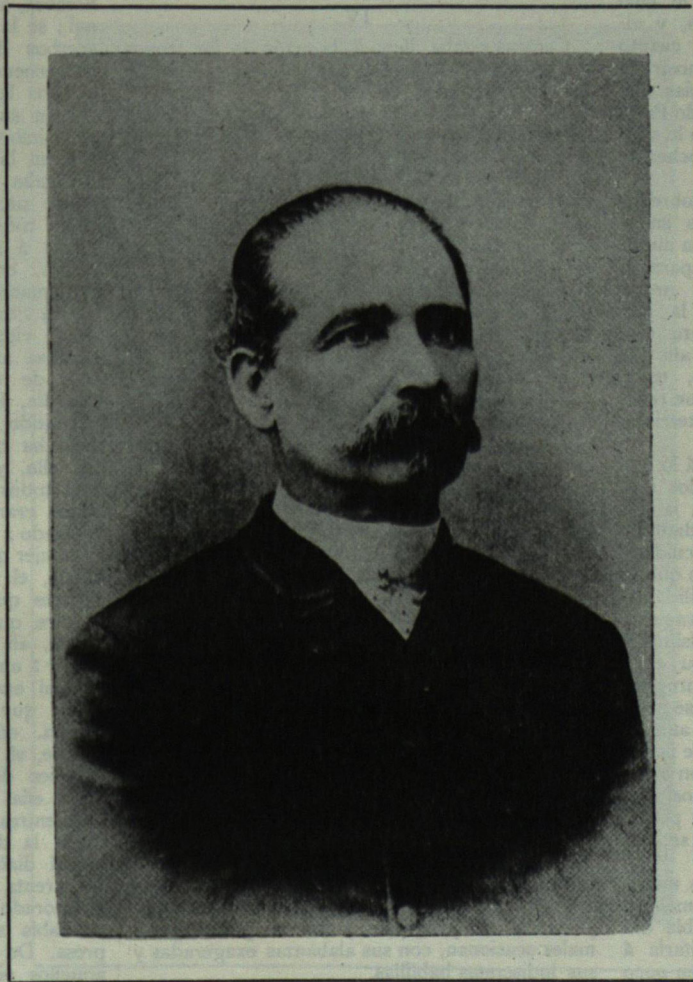
Oh! alegrías, encantos y locuras, los de aquella madre! Primero, los denticos de Carmen, que asomaban como puntitas de marfil, y se convertían en perlas entre sus labios, rojos como la flor del granado, fueron celebrados por Ana, cual si nunca se hubiesen visto cosas iguales en el mundo; luego, que gateaba y principiaba á hacer pinicos, y era tan graciosa y tan linda, caminando con aquellas piernitas corticas y redonditas; después, que entendía todo lo que le hablaban, y conocía á la abuelita, que era su madrina, y á Julián que era su padrino, y besaba á su madre, y jugaba con el gato, y señalaba con su manito para el cielo cuando le preguntaban dónde estaba Dios; más tarde, que comenzaba á balbucear palabras, y decía claro mamá, pero, ay! también decía papá, y eso entristecía á Ana, porque su hija no tenía padre!

Fuera de eso, todo lo demás era causa de inacabables alborozos. Si se reía, si lloraba, hablando ó callada, despierta, dormida, sentada, de pie, vestida, desnuda, limpia y hasta sucia, Carmen era lo más bello, lo más gentil, lo más donoso que había habido jamás entre los niños. Mucho podía ser el poder amplificador del prisma, al través del cual veían los ojos de la madre las gracias de la hija; sin embargo, es lo cierto que la muchachita era un primor. Los vecinos se extasiaban de placer cuando por casualidad la miraban, y nadie tachaba de exagerado lo que se encomiaba su belleza, porque realmente todos la reputaban maravillosa y angelical.

Ana temblaba de miedo cuando la criatura enfermaba, no obstante ser tan sanita y tan fuerte, y le pedía á la Virgen con todo su corazón que si Carmen se moría le mandara á ella también la muerte para seguirla al otro mundo. Aprendió á leer y escribir para enseñarla cuando llegase á los cuatro ó cinco años, porque era su anhelo que aprendiese tanto como la más noble señorita de Caracas, y tocase y cantara y

leyera versos, y supiese todo, y conociera el mundo, á fin de que nadie pudiese con artificios fascinarla ni engañarla como á ella, porque se había encaprichado en creer que había sucumbido por ignorancia, siendo así que su caída había sido una consecuencia inexorable de su manera de ser, tan nerviosa y espiritual.

La niña pasó su infancia, vino en seguida la adolescencia, como una ligera penumbra entre dos magníficas claridades, porque á poco principió la juventud, acrecentando su gracia y su singular hermosura. De Padilla y de Ana había heredado la gentileza, el ingenio y el salero. A los quince años era infinitamente más bella que lo fué Ana en su mocedad. Su cabellera parecía el manto de una emperatriz, sus ojos negros, hermosísimos, brillaban con más expresión todavía, su voz era un canto con dulces y sonoros ecos, su talle ondulaba más vaporoso, sus manos y sus pies se veían más finos y delicados. Como se educó y formó en el santuario que su



DOCTOR EDUARDO CALCAÑO

y la nieta sobresalía el llanto de la chiquitica, que probaba á gritar con todas sus fuerzas.

En cinco ó seis semanas la infeliz madre se repuso de sus quebrantos á esfuerzos del propósito de vivir: bautizó la niñita en secreto, apadrinada por las dos personas con quienes habitaba el silencioso hogar, púsole por nombre Carmen, voto hecho á la Virgen, y se dedicó á criarla. Así desapareció la manola para siempre, y en su lugar se levantó la más cariñosa, la más amante, la más abnegada, la más ferviente, la más exagerada de las madres, si es que el amor de madre, el amor de los amores, puede jamás ser excesivo.

Permaneció cerrada en su casa, y no se dejaba ver de ninguno de los que la conocían. Condolidas de su situación algunas señoras le proporcionaban trabajo, correspondiendo á las instancias de ella, y con este motivo pronto empezó á ocuparse en todo lo que sabía hacer. Su obra era siempre perfecta, de modo que

madre había erigido para ella, sin salir jamás, dedicada tan sólo á la música y á la poesía, mientras que Ana había vivido de continuo en la calle, libre como los pájaros, estaba naturalmente impregnada de un perfume exquisito de distinción, que aquélla en medio de sus donaires no había poseído nunca.

Desde que Ana advirtió que los preciosísimos encantos de la niña se desvanecían progresivamente, para dar lugar á las formas esculturales de la mujer; desde que observó cómo la belleza infantil de Carmen, á la cual era deudora de tanta ventura y regocijo, se disipaba para ser reemplazada por la belleza majestuosa de la juventud, que podía hacerla tan desgraciada; sintió trocarse los goces inefables de la maternidad en horribles inquietudes; contempló con terror la pasmosa hermosura de su hija, y deseó allá en lo íntimo de su alma, como quien concibe un crimen, como quien blasfema contra Dios, que Carmen hubiera sido fea, muy fea, imperfecta, hasta detorme, merced á lo cual no correría ningún peligro en el mundo, y viviría eternamente tranquila á su lado, cuanto más que aquella hermosura de su hija mostraba á veces fulgores y le ofrecía reminiscencias, que le representaban vivamente al aborrecido Padilla, figura pavorosa que en ocasiones se le aparecía como un espectro durante sus noches de insomnio.

Hallábase en gran modo temerosa y sobresaltada, cuando ocurrieron graves sucesos en la casa y en la ciudad. La venerable anciana murió casi octogenaria, y Julián que partió para la guerra, alistado en el Ejército patriota, murió también en las primeras campañas de la Revolución, pues es bueno decir que para este tiempo habían trascurrido ya 1810, el año de las auroras, 1811, el año de las ideas, 1812, el año de las calamidades, 1813, el año que reveló á Bolívar, y corría 1814, el año de los terribles desastres.

Ana apenas había prestado atención á lo que fuera del hogar acaecía. La pérdida de los únicos parientes, que conoció en el mundo, la afligió mucho; mas, preocupada con el cuidado de Carmen, como se preocupa el avaro con el cuidado del tesoro que guarda escondido, entonces que se encontraba sola, era mayor su intranquilidad y su imaginación sobrecitada no daba vagar á ningún otro pensamiento. Trataba de disimular su miedo, pero pronto olvidaba toda su estudiada reserva. Quería que Carmen se mantuviera siempre pegadita de ella, pretendía que se ocultara cuando alguien entraba á la casa, aunque fueran mujeres conocidas; se levantaba de noche á ver si dormía sosegada, si soñaba con alguno, si profería una palabra entre sueños, que descubriese un sentimiento oculto, una pasión secreta, un amor velado. La vigilancia se convirtió en el más suspicaz espionaje.

Un día le propuso seriamente que se metieran las dos en el monasterio de las Carmelitas, del cual era Madre priora una respetable dama, que la quería mucho, y les facilitaría á ella y á su hija el modo de profesar en poco tiempo. Así se figuraba que preservaba para siempre á Carmen de los peligros y tentaciones del mundo; pero la dulce niña rechazó espantada la proposición, y no se atrevió á insistir.

En el cuartico de Carmen había una ventana que daba á la calle, y esa ventana tenía una espesa celosía. Ana hizo clavar las hojas de aquella. La inocente joven, acostumbrada á todos los mimos, acostumbrada á satisfacer sus gustos sin trabas ni réplicas, sentía que su madre la tiranizaba á cada instante, que no era la misma de antes. Se acercó á ella una mañana, la estrechó en sus brazos, le dió un millón de besos en la cara, y le dijo con las lágrimas en los ojos:

—Madre, no me quieres como antes! ¿Por qué no me quieres ya? Si te he ofendido... no sé en qué te he ofendido!... Dímelo, para pedirte perdón de rodillas.

—Hija de mi corazón! Te amo, te amo más que nunca!

—Entonces, madre, porqué me persigues? porqué me oprimas? porqué me privas de todo?

—Amor mío! no llores, no te quejes así.

Y le tomó el rostro entre sus manos, y le enjugó el llanto con sus besos, mas al mismo tiempo la bañaba con sus propias lágrimas, que derramaba á torrentes.

—Dices que me amas y me propones encerrarme en el convento de las Carmelitas, y le quitas á mi cuarto la luz y el aire del cielo!... ¿Quiéres enterrarme viva?

—Nó, gloria mía, nó! Abriré ahora mismo la ventana, pero prométeme no asomarte jamás ni un instante á la calle.

—Pero, por qué? Nadie puede verme detrás de la celosía. Y aunque me vieran. No fuiste tú niña en otro tiempo? Le tenías miedo á la gente? Vivías encerrada? No comprendo.....

—Dios mío! Dios mío! replicaba la madre. Cállate, no digas más nada: harás tu gusto.....

Y volvió á colmarla de besos y de lágrimas, porque no podía explicarle á Carmen los motivos de su temor, y mucho menos dejarla entrever lo pasado, que su hija ignoraba en absoluto.

IV

Caracas estaba lleno á la sazón de las tropas realistas, que la ocuparon después de la retirada que el Libertador efectuó hacia el oriente de Venezuela, á consecuencia de los irresistibles triunfos de Bóves. Por todas las calles cruzaban oficiales y soldados, muchos de ellos ansiosos de ver una cara de mujer en la ciudad, que dejó íngnima la emigración de 1814. Carmen se ocultaba cuidadosamente cada vez que pasaban frente á su ventana aquellos militares siniestros y desarrapados que el sangriento asturiano trajo á la capital. Esa circunstancia la incitó á fijar un día su atención en un oficial de húsares, el capitán Fajardo, reciénvenido de la Península, airoso mancebo, cuyo garbo realizaba aún más el elegante uniforme de su arma, quien atravesó á caballo, sacudiendo las charreteras de plata y sonando la espada sobre el metal del estribo.

A tiempo que ella lo veía, volvió el húsar curioso la mirada á la celosía, donde adivinó que debía de estar una mujer observándolo, pues tal era la costumbre española, que entre nosotros se conserva todavía, y alcanzó á descubrir el brillante fulgor de los ojos de Carmen, capaz de traspasar una muralla. Ana vió también el oficial, y le acometió un escalofrío que le heló de golpe la sangre en las venas.

El militar no dejó después mañana que no pasaba por la calle donde vivía Carmen, buscando la manera de conocerla y hablar con ella. Informóse quien podía ser el dueño de aquellos ojos que lo habían cautivado, y desde luego le encomiaron en el barrio la muchacha como un portento, y le refirieron quien era la madre, y cual la celaba y la vigilaba hasta el punto de no permitirle que tratase con alma nacida. Hay siempre en todas épocas y en todas partes gentes que se prestan gratuitamente á encender pasiones amorosas y favorecer galantos, sin que nada les vaya ni les venga: son sin pensarlo ruñanes, y de los más peligrosos, y de los que mayores males ocasionan, con sus alabanzas exageradas y sus indiscretas habillitas.

Pintáronse la cautiva, y como cautiva desgraciada por el rigor de la tiranía materna; representáronse la ansiosa de libertad, amor y placeres; contáronle que era viva, graciosa, instruída, casta, y, sobre todo, linda como una efigie. Menos se necesitaba para acalorar la imaginación del enamorado capitán y enardecer hasta lo sumo sus deseos. Juzgaba que la bella reclusa era fácil conquista, y se dió á cavilar como realizaría su propósito, el cual no era otro sino sacar de grado ó por fuerza la preciosa niña del poder de la madre, que sin duda la oprimía y violentaba. Pretender llegar hasta la encantadora prisionera, requebrarla, seducirla, era pensar en lo excusado. Varias cartas le envió por diversos conductos, y todas cayeron en manos de Ana, quien para probarle al osado galán lo temerario del intento se las devolvía cerradas. La misma suerte corrieron las joyas y las flores que le mandó, las cuales interceptó y rechazó la madre.

Ignoraba Carmen el cerco que el español le ponía: ella era la fortaleza, Ana el jefe que la defendía. Parecía que Carmen por su parte no tenía interés en aquel formidable combate que la madre y el amante sostenían entre sí. Notaba que el

oficial aquel se empeñaba en verla las veces que pasaba, pero lo atribuía á curiosidad solamente. Ana observaba la sencilla indiferencia de su hija, y tenía con algún reparo suyo despertar en su alma un interés que de seguro no existía. Quitábale de la reja con algún pretexto, la llevaba á las piezas interiores, la entretenía en lecturas ó labores, se valía de todos los medios posibles para alejarla del importuno rondador. Si antes fué tan suspicaz y vigilante cuando se precavía de riesgos imaginarios; qué no sería en aquellos momentos, al mirar realizados todos los temores, más allá de lo previsto, y frente á frente el enemigo tan odiado y temido? Pruebe cualquiera á calcularlo.

Imaginábase á Carmen alucinada, fascinada, enloquecida por el húsar, si este llegaba á hablarle una vez siquiera; en su calenturienta fantasía se la figuraba ya mancillada y perdida, roto el purísimo cristal de su hermosura, villendiada su belleza, con el amor de aquel hombre, amor que consideraba impío y criminal; se la fingía después infeliz padeciendo los acerbos dolores que ella había padecido, á consecuencia del engaño de Padilla, y le pedía á Dios la muerte para ambas, más bien que ver en su hija el espectáculo de la deshonra y el infortunio por los cuales había atravesado ella en la vida.

Estaba sola, estaba enferma, mostraba en su rostro una palidez mortal, grandes ojeras lividas rodeaban sus párpados, sus pupilas brillaban á intervalos con el brillo sombrío de la locura: en un mes se había enflaquecido hasta la demacración cadavérica. Conocía ella misma que la vida que vivía era como una vida eléctrica, vida de incesante terror, vida de espantosa ansiedad, vida de inauditas zozobras, vida de dolorosísimas angustias, siempre en guardia, incansable noctámbula, á quien no era permitido ni siquiera el descanso del sueño. Pensaba que el seductor lo podía todo contra ella, y ella nada podía contra él. Creía que todos lo ayudaban en su obra infernal, todos eran cómplices gratuitos y diligentes del malvado: el soldado que andaba por la calle, la mujer que pasaba, el rapaz que corría gritando, el perro que ladraba á lo lejos, los pájaros que se paraban en el tejado, hasta el aire que venía de fuera. Pero, se hallaba fuerte, ah! tan fuerte, tan valerosa, capaz de matar á un hombre, y á otro, y á diez, y á veinte más, si era necesario, para defender á su hija, tanto que en ocasiones se preguntaba á sí misma, cómo no salía y asesinaba á aquel infame, sí, lo asesinaba, para que cesase en su satánico designio, aunque después la ajusticiasen á ella. Y, entonces, Carmen?.....

Mientras que tales y tan horribles congojas sufría la desventurada Ana, el oficial se daba á mil diablos, á causa de que en los treinta ó cuarenta días transcurridos desde que se había enamorado de aquella mujer, para él fantástica, no había adelantado ni un ápice en su empresa. De ella no conocía más que los ojos, aquellos ojos negros y radiantes como luceros, los cuales vislumbraba de tiempo en tiempo por entre la celosía. No la había visto, no había podido cambiar una palabra con ella, y lo peor era que de un instante á otro recibiría orden de salir á campaña, y se marcharía mohino, como un tonto, dejando por detrás la burla de sus compañeros, sabedores de su empeño por poseer á la bellísima Carmen.

Valiente hasta la temeridad, arrogante, vanidoso, joven, como de veinticinco años de edad, perteneciente á una familia aristocrática, ya con merecimientos en el ejército, sin escrúpulos sociales, que no los tenían los militares de su época, y no habían de asaltarle á éste más que á los otros en aventuras de amores, tan disculpables de suyo, y en América, y en guerra, y tratándose de una criolla, de una muchacha del pueblo, es decir, de cualquier cosa, concibió un proyecto desatentado, para cuya ejecución le ofrecieron ayuda varios oficiales calaveras, amigos de él, y al cual brindaban seguro campo el estado y las circunstancias del tiempo.

Para ello aguardaba únicamente que se le diese la orden de marcha, y en notificándosela procedió á cumplir el siniestro plan. Las

noches pavorosas de la época de Quero el sanguinario, más feroz que Bóves, eran apropiadas para todo género de crímenes. Desde que se ocultaba el sol, la ciudad se sumía en el más terrible silencio, aumentado por el espanto de las tinieblas: nadie cruzaba por las calles, á no ser alguna ronda, ó alguna gavilla de asesinos nocharnegos, que iban encapotados, con paso cauteloso, á sacar de su casa algún individuo para degollarlo, por el solo delito de ser americano. Persona alguna se atrevía á asomar la cabeza por el postigo de la ventana, aunque oyera quejidos, golpes, lamentos, gritos de socorro. Todos sabían que era la muerte la que se paseaba á esas horas por Caracas, y temblaban aterrorizados por su vida, dentro de impenetrables escondites.

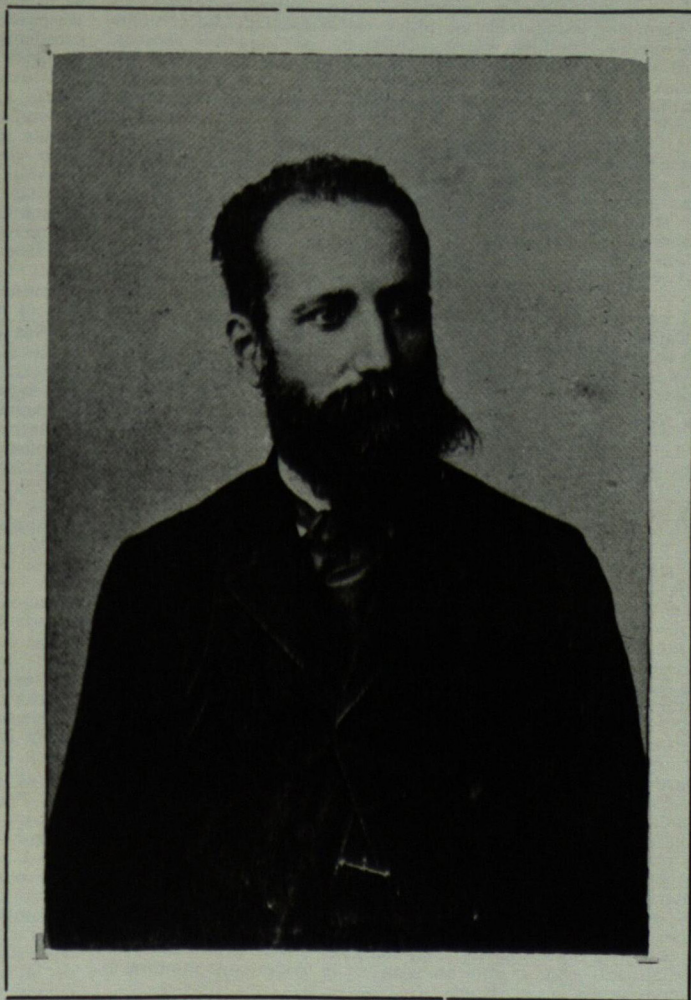
Una noche de esas llegaron, después de las 12, á la puerta de la casa de Ana seis embozados, entre los cuales venía el capitán Fajardo: descansaron junto á la pared una silla de manos, que ellos mismos traían, y en seguida se pusieron á descerrar el portón de entrada. En pocos instantes acabaron la alevosa tarea; penetraron luego todos por el zaguán, destaparon una linterna sorda, se encaminaron á la alcoba donde dormían juntas la madre y la hija: cuatro hombres se encargaron de Ana, le introdujeron un pañuelo en la boca, para que no proferiera ni un gemido, y la ataron fuertemente á la cama: los otros dos se apoderaron de Carmen, desmayada de miedo, la envolvieron en una capa, corrieron á la calle, la metieron en la silla de manos, y desaparecieron con ella entre las espesas sombras, seguidos de los demás, que se les incorporaron en breve, después de haber medio cerrado la casa.

El rapto se había efectuado con una rapidez asombrosa. Los criminales venían provistos de todo lo necesario, y, por decirlo así, ensayados. Acompañábalos la seguridad de que nadie podría ni osaría impedirseles, sobre todo siendo ellos oficiales del ejército español; no querían, empero, que hubiese escándalo, sin duda para reirse más á sus anchas, cuando empezasen las historias y los comentarios del pueblo.

Renuncio por imposible á describir lo que experimentó Ana esa horrorosa noche. Apelo á mi memoria y analizo uno á uno los suplicios de la Edad Media, en los cuales se aglomeraban todos los medios más crueles y más terribles para hacer sufrir. Veo cómo cogían al condenado, lo sometían lentamente á distintos tormentos, le quebrantaban uno á uno los huesos, lo mutilaban, lo arrastraban, lo descuartizaban, lo bañaban de aceite hirviendo, y al fin lo quemaban vivo, y todo eso junto lo considero poco, poquísimo, en presencia del suplicio de esta otra condenada. No hay tortura, no hay pena, no hay agonía que se parezca á los padecimientos de esta mujer; pues al cabo de las más tremendas angustias y dolores el suplicio encontrado la muerte, la muerte, que era un límite evidente, un término necesario, una barrera insuperable, más allá de la cual ni el odio más acerbo, ni la saña más violenta, ni la crueldad de los verdugos más enfurecidos podía traspasar, porque la muerte es la jurisdicción de Dios, la entrada al reinado infinito

de la justicia y la misericordia eternas, el tránsito á la libertad, la verdad y el bien. Pero, ella, Ana, además de ser mayores sus sufrimientos, tenía delante de sí la vida, la tortura sin fin, el suplicio que no se acababa, la existencia sin su hija robada y envilecida!

Ella vió cómo se la llevaron, conoció á Fajardo, adivinó quiénes eran los cómplices, y en aquellas horas, horas inmensurables, que estuvo atada en el lecho, sin poderse mover, ni gritar, ni llorar, juró, sí, juró entre fatídicas blasfemias, juró vengarse de todos los que habían contribuido á la deshonra de su hija!



DON JOSE MARIA MANRIQUE

D. JOSE M. MANRIQUE

Si se tratara de dibujar ó pintar un retrato de Don José María Manrique, tengo la presunción de creer que yo lo haría tan parecido como el que más; porque me sé tan de memoria las líneas que componen esa fisonomía, tan impresa tengo la expresión de esa mirada, que las dificultades de plástica me parecen casi nulas. No me sucede otro tanto respecto de su ser moral ó mejor de su fisonomía intelectual, lo cual me contraría grandemente, pues quisiera, en la ocasión, dar á los lectores de *El Cojo Ilustrado* no fuese más que un perfil, pero con toda la corrección y energía de la verdad.

Bosquejo habrán pues de ser estos apuntes y quede el retrato para quien cumplidamente pueda emprenderlo y llevarlo á término feliz.

Manrique nació en Caracas en 3 de marzo de 1846 y fueron autores de sus días don J. M. Manrique de Lara y la señora doña Josefa Tovar y Toro.

Hizo sus primeros estudios en los colegios de los señores Meneses y Aguerrevere, continuándolos luego privadamente, en especial aquellos que á la bella literatura se refieren.

Desde muy joven tomó parte activa en la política del país sin que por esto descuidara un punto el cultivo de sus aficiones literarias; y en 1875 comenzó á publicar en distintos periódicos, obras de diverso género, todas ellas sentidas y bien escritas y muchas de sobresaliente mérito.

Manrique es escritor inagotable; y su talento, dúctil, flexible como pocos se ha ensayado con igual buen éxito en la novela y en el drama ó la comedia, ya en la leyenda como en la disertación psicológica y el estudio filosófico. Polemista ingenioso, fecundo á par que galano y cortés, es de los que ó vence ó muere y si huye será con la huída del Parto.

Su estilo tiene dos cualidades de gran precio; la concisión y la claridad, sin que por ello deje de ser ameno y florido, y lo que consideramos como dote especialísima, siempre está perfectamente de acuerdo con la índole de la obra.

No parecen del mismo autor "La voz del alma" (ensayo psicológico) y cualquiera de sus novelas ó leyendas.

Nunca hemos visto un par de versos de Manrique, y aún podemos asegurar que si le han ocurrido no los ha escrito; sin duda alguna porque la traba de esa forma literaria no cuadra á su carácter, en extremo vivo é impaciente por más que en la apariencia parezca reposado. Y sin embargo, en muchos de sus escritos hallamos; unas veces la poesía del sentimiento y otras el sentimiento de la poesía.

Su juicio respecto de obras poéticas ajenas nos ha parecido siempre sabio y concienzudo en el fondo, si bien le hemos notado en ocasiones cierto desdén por bellezas de forma, cosa que no podemos atribuir ni á dureza de oído, que no la tiene, ni mucho menos á desconocimiento de las dificultades vencidas. Nos limitamos á establecer la observación, y sea cual fuere la causa que nos la sugiere.

Nada podemos decir de sus dotes de orador, porque jamás hemos tenido ocasión de oírle en la tribuna, no obstante haberla ocupado repetidas veces, ora en la Academia Venezolana ya en certámenes literarios etc.

Si no erramos, es en los "Perfiles venezolanos" de D. Felipe Tejera, donde hemos visto criticada la prodigalidad de Manrique con sus producciones. Realmente, pocos escritores venezolanos contemporáneos, habrá que puedan exhibir un *bagage* igual al suyo, y del que pueda decirse: mucho y bueno. Nosotros conocemos más de veinte leyendas; cuatro novelas, tituladas: *Abnegación de una esposa*; *Preocupaciones vencidas*; *Eugenia* y *Los dos Avaros*; varios dramas, entre ellos *Los dos diamantes*; *Un problema social*; *El Divorcio*; *Mátala*; *El Filántropo* y no recordamos qué otros. Comedias sólo hemos visto impresas *La Cita*, *El bautizo de un muñeco* y *El collar de perlas*. En cuanto á artículos sobre filosofía religión etc., francamente tantos ha publicado que fuera prolijo enumerarlos.

Un detalle singular hallamos en el argumento de los dramas escritos por Manrique: en todos ellos explota más ó menos la misma pasión, y sin embargo, ni se repite ni se parecen entre sí en lo más mínimo, y esta circunstancia nos parece el mayor elogio que podamos tributar á su ingenio.

Por lo demás harto conocidas son sus obras, y su bien sentada reputación literaria nos dispensa de entrar en detalladas apreciaciones de su mérito.

Ha sido redactor de varios periódicos, políticos y literarios; y como en algunos de los primeros hemos tenido la honra de ser sus compañeros, hemos tenido ocasión de conocer y admirar sus

sobresalientes dotes de periodista. Por ardua que sea la materia, su pluma se desliza sobre el papel con la misma facilidad que si sólo se ocupara de poner en limpio la obra ya limada y perfectamente pulida.

Hemos dicho que desde muy joven tomó parte en la política, y desde entonces no ha cesado de ocuparse en ella por más que las circunstancias lo hayan obligado en muchas ocasiones á asumir el carácter de simple espectador.

Varios son los empleos importantes que le ha tocado desempeñar, contándose entre ellos los de Secretario General de los Estados Guárico y Carabobo; Fiscal de Hacienda Pública; Secretario y luego Vocal de la Alta Corte Federal; y finalmente Ministro de Estado en los Despachos de Relaciones Exteriores, de Fomento y de Instrucción Pública.

Hacé algunos años que no ejerce destino alguno, si se exceptúa el cargo de Tesorero de la Academia Venezolana, de que es individuo de número. También es Miembro Correspondiente de la Academia Española de la Lengua.

Manrique tiene figura agradable y un hermoso tipo hebreo, tan acentuado, que si hubiésemos de pintar el Cristo hombre, le rogaríamos al amigo nos sirviese de modelo. Su frente espaciosa, y el brillo de sus ojos prestan gran viveza á su fisonomía, especialmente cuando se anima al calor de la discusión.

Confesáremos, no obstante, que su elocuencia no es siempre persuasiva, apesar de la general solidez de sus argumentos y de lo claro de sus ideas; pero también habremos de confesar, que si á las veces no convence, es raro que no deslumbré.

Y para bosquejo nos parece que basta; que añadir lo mucho que falta sería dar en lo del retrato, y Dios sabe si nadie lo reconocería.

Ignoramos qué obras inéditas tiene el escritor que nos ocupa, pero sabemos que son varias; y como él es infatigable en el trabajo y aún se halla en todo su vigor es evidente que sólo ha dado hasta ahora la mitad de lo que habrá de dar.

A. H. T.

ALMAS INQUIETAS (*)

II

La noche del 25 de febrero el salón de sesiones de la sociedad de *Amigos de la ciencia* estaba muy animado. Delsol había hecho creer á muchos amigos suyos que la Sociedad se resolvería por fin á tomar una actitud política militante; y como esta era cuestión de vida ó muerte para la única asociación intelectual que había logrado sostenerse algún tiempo, hubo desde temprano numerosa concurrencia.

El nombre mismo de la Sociedad revelaba el propósito de sus fundadores. Las cuestiones de una actualidad peligrosa debían quedar de lado. Discutir problemas esencialmente científicos ó filosóficos; ensayarse en el análisis y en la crítica; adquirir la costumbre de hablar con método y arte en la tribuna; no mezclar para nada en las controversias las personalidades; respetar todas las opiniones; trabajar sin otro interés que el de ilustrarse recíprocamente,—tal fué el programa primitivo. Y este programa, que como todos los proyectos algo originales de la época nació en los paseos de la Plaza Bolívar, fué adoptado en seguida por los jóvenes más activos é inteligentes. La Sociedad sería una especie de gimnasio preparatorio para las luchas por venir, y al mismo tiempo un asilo, casi un santuario, para los pensadores nuevos. En ella empezaban á manifestarse las diversas aspiraciones, tendencias, sistemas y estados de alma de la época, sin ponerse todavía en contradicción pública con las ideas y sistemas reinantes.

Durante los primeros meses, la discusión de temas abstractos y las justas oratorias sobre apartados períodos históricos absorbieron completamente la actividad intelectual. Pero poco á poco con el calor mismo de la perpetua controversia y por las analogías que los hechos históricos examinados y las teorías discutidas presentaban con los hechos y problemas de la actualidad, á la serenidad de las discusiones académicas fueron substituyéndose las contradicciones irreducibles de los sistemas filosóficos, la tendencia á parodiar las polémicas parlamentarias, el deseo en cada orador de presentarse como portavoz de un grupo, y la vaga aspiración á buscar resonancia, en la prensa y en los círculos

mundanos, para los ideales brillantemente defendidos entre las cuatro paredes de aquel saloncito humilde.... menos iluminado por el gas que por los fuegos artificiales de las imaginaciones exaltadas.

Ultimamente, con motivo de ciertos actos despoíticos del gobierno y de estar próxima la reunión del Congreso, aquella tendencia á tratar problemas políticos actuales se había acentuado mucho. De tal modo que Raimundo Delsol, que capitaneaba el grupo de oradores más nerviosos, aspirantes á tribunos, repetía diariamente que en la primera ocasión propicia que se presentase, la Sociedad cambiaría de carácter.

La prisión de los redactores de *La Esperanza* le pareció motivo suficiente para encender la polémica; y el 25 de febrero, al abrirse la sesión, Delsol subió á la tribuna y casi sin preámbulo empezó á improvisar una arenga inflamada. El saloncito adquirió en seguida el aspecto de un pequeño parlamento. Interrupciones espirituales, réplicas felices, invectivas hirientes, apóstrofes brillantes, gestos coléricos, aplausos entusiastas, risas irónicas, todas las escenas de la comedia política fueron parodiadas por aquellos jóvenes, con un interés tan sostenido y una sinceridad tan manifiesta, que hubiérase dicho que la salvación y felicidad de la patria dependían de sus discursos.

.... ¿Cómo repetir, con su misma frescura juvenil, aquellas generosas arengas? ¿Cómo fijar ahora en el papel, conservádoles su vibrante virginidad, las ideas de aquellas almas inquietas, sacudidas las unas por el deseo de luchar, enfermas ya las otras por la invasión de un prematuro escepticismo, ó heridas por la contradicción brutal que observaban entre la grandeza de sus ideales y los multiplicados obstáculos que á su realización se oponían?.... El autor de estas páginas tiene que circunscribirse á recoger algunos ecos ya debilitados por el tiempo....

La arenga de Delsol reflejó una de las tendencias de la juventud de la época é inició el combate con las otras. Delsol quería y predicaba la revolución incesante y por todos los medios. Tres lustros,—decía, alargando cada frase con metáforas brillantes,—debían haber bastado para concentrar la dignidad y hacerla estallar contra el despotismo. El pueblo no había bajado aún hasta la servilidad asiática; pero si nadie lo detenía en la pendiente, pronto caería para siempre, sin esperanzas de redención. Lo que faltaba era un impulso entusiasta, y este impulso correspondía á la generación que no se había manchado las manos en el tráfico de los caudales públicos ni había vendido la conciencia á los aventureros de las guerras civiles.

—«A la juventud corresponde la iniciativa de la obra... depuradora! Iba á decir regeneradora; pero nuestra indiferencia por los asuntos públicos es tal, que hemos dejado á los hombres del despotismo el uso exclusivo de dos palabras que podrían resumir hoy nuestro credo: Regeneración! Rehabilitación!»

El Presidente dió un campanillazo para llamarle al orden.

—«Comprendo—continuó Delsol, exaltándose aun más—comprendo lo que el Presidente ha querido expresar con la campanilla. Pero ¿acaso debemos callarnos también aquí, aquí donde hemos formado el único centro intelectual en que los cerebros producen otra cosa que cálculos interesados y las lenguas saben pronunciar palabras que no sean ni la degradante mentira ni la vil lisonja?»

—«Esta sociedad—interrumpió uno—no es club político. Ella se llama *Amigos de la ciencia*.»

—«Los amigos de la ciencia—replicó Delsol—fueron siempre amigos de la libertad y del derecho!»

Y continuó su arenga en un crescendo ardoroso hasta terminar con estas frases: «Los que prefieran todavía la inacción enervante, la indiferencia cobarde, quédense aquí, perdiendo el tiempo en idealidades inútiles. Los que amamos á la patria lucharémos solos por ella!»

Guillermo Lodi sucedió á Delsol en la tribuna, y un movimiento de curiosidad agitó á los concurrentes. Lodi hablaba rara vez: la ciencia, la política, las letras, todas las actividades intelectuales eran para él más bien distracciones que materia de estudio serio: su dilettantismo era universal, aunque sin apasionarse nunca por nada; y estas circunstancias hacían que cada vez que Lodi subía á la tribuna sus compañeros se prometiesen anticipadamente el placer de oírle desarrollar alguna paradoja brillante ó divertirse en vestir con frases ambíguas alguna observación cruelmente escéptica.

—«Nuestro amigo Delsol—empezó á decir Lodi—tiene un temperamento esencialmente belicoso, y dudo que permanezca por mucho tiempo en esta sociedad donde, por las circunstancias mismas de la época en que vivimos, nos está casi siempre vedada la acción. Yo sentiría más que nadie que nuestro amigo cumpliera su ame-

naza de abandonarnos, y le ruego que antes de marcharse me haga el grande honor de escucharme unos instantes. Lo que me propongo decir va á parecerle sin duda exagerado, extraño y hasta antipatriótico. Tanto peor! Si yo fuese médico graduado.... por ahora no soy más que candidato.... escogería como especialidad las enfermedades nerviosas, y la generalidad de mis tratamientos empezarían por ordenar duchas frías. Los regeneradores de pueblos las necesitan siempre....

«Los que pretenden realizar la regeneración con simples frases olvidan observar ciertos hechos evidentes. Permítame mi amigo Delsol indicarle algunos. La sola circunstancia de que los ardientes y generosos tribunos no encuentren suficiente acogida para hacer una resistencia eficaz á los vicios de la época, revela ya que ahora predomina la creencia de que es preciso apartarse lo más posible de un ambiente corrompido, para conservar intacta la independencia y hasta la dignidad personal. Y esta creencia, que predomina precisamente en los espíritus que no han traspasado aún el umbral de la vida doméstica ó estudiantil, prueba una de dos cosas: ó que esos espíritus se sienten paralizados desde la infancia por una especie de temor innato, hereditario quizás, caso en el cual sería tarea imposible la de convertirlos de la noche á la mañana en espíritus heroicos; ó que han nacido con el instinto de aquella saludable prudencia que nos aconseja desconfiar de ideales muy remotos, para evitar el desengaño, caso en el cual esto que parece un mal sería un bien grandísimo, porque entonces nuestra generación estaría llamada á practicar aquel alto concepto filosófico que consiste en sobrellevar la vida tal como ella es, procurando sacar de ella el mejor fruto posible con el menor esfuerzo y el menor dolor....

«Sea de ello lo que fuere, no ha de contradecirme mi amigo Delsol si afirmo que muchos, la mayoría, consideramos la actual vida pública como incompatible con la honradez personal. En la carrera política no tienen porvenir sino los militares y las medianías que se contentan de triunfos fáciles, la escoria intelectual compuesta de cuantos intentaron abrirse camino en el comercio, en la industria, en la ciencia ó en las letras y fueron vencidos por impotencia, por cobardía ó por falta absoluta de principios morales. La política es simplemente el arte de subir al poder, y el gobierno el arte de no caer. Bien es cierto que en otros países, que nosotros tenemos la manía de presentar como modelos, sucede también lo mismo. A este respecto me viene á la memoria lo que escribía un gran pensador americano, á quien voy á citar en su propia lengua para que la observación conserve toda su característica transcendencia. *What satire on government—escribía Emerson—can equal the severity of censure conveyed in the word politic, which now for ages has signified cunning, intimating that the state is a trick?*....

—«Ese concepto es el que nosotros debemos destruir en la conciencia pública,—interrumpió Delsol.

—«Convenido—continuó Lodi—pero el mal es más hondo y más difícil de desarraigar de lo que mi contradictor cree. La ambición de los militares y hombres hábiles es lógica, y explicable su empeño en apoderarse de la cosa pública como de cosa sin dueño. ¿Qué van á hacer los que salieron de la nada, empujados por las fuerzas, inconscientes como ellos, que durante los prolongados períodos de las guerras civiles desequilibraron por completo la vida nacional? ¿Volver de buen grado á la nada? Las mismas circunstancias que los elevaron á ocupar los primeros puestos sociales se oponen ahora á dejarlos caer de repente. Los prestigios pueden formarse en un día; pero para destruirlos se necesita siempre larguísimo tiempo.

«Recuérdese á que estado social y político nos habían ya conducido las guerras civiles hace veinte años. En cada ciudad como en cada barrio, en cada aldea y en cada caserío un hombre solo dominaba; el hombre que había tenido mayor audacia para imponerse á los demás, ó el hombre que había tenido mayor fortuna en una acción de armas. Su origen importaba poco. Peón ó mayordomo, soldado ó jefe, oscuro picapleitos ó abogado famoso, todo era uno con tal de hacerse terrible y saber vivir de los demás. Y no se crea que yo voy á repetir la teoría necia é inexacta de los que ven en el militarismo la única causa de nuestros infortunios. El militarismo es un efecto, no una causa. Recuérdese imparcialmente la historia y veráse cómo si el militarismo ha sido á veces instrumento mal dirigido, rarísima vez ha sido agente desorganizador. Un militar, por ignorante ó perverso que sea, conserva siempre, siquiera en estado rudimentario, ciertas virtudes que son menos frecuentes entre los civiles perversos ó ignorantes: la virtud de la disciplina, la virtud de la abnegación y el sacrificio.

(*) En la obra literaria á que pertenecen estos fragmentos el autor no se propone hacer retratos, sino indicar algunas maneras de pensar y sentir de la juventud venezolana en un período histórico reciente. De suerte que, ni todas las ideas que aparecen expuestas deben atribuirse al autor, ni el temperamento y el lenguaje de los personajes deben considerarse como rasgos distintivos característicos de aquel período. El autor puede decir como Montaigne: *Je n'enseigne point je raconte.*—J. G. F.



EL ANGEL DE LAS TUMBAS DE LOS SOLDADOS MUERTOS EN LA ULTIMA REVOLUCION DE VENEZUELA

No en vano se vive en medio de peligros bajo la perpetua amenaza de la muerte. No eran únicamente los militares los que constituían la legión de advenedizos familiares dispuestos a mantenerse arriba a toda costa. Arriba existía una política corrompida y abajo una sociedad esquilada. Y la inmoralidad de arriba bajaba en olas de fango a podrir los restos de moralidad inconsciente que quedaban en el pueblo y a desarrollar en éste los peores instintos y los peores hábitos. . . .

"Hemos salido ya para siempre de aquel cielo infernal? Respondan otros. Yo me circunscribo a comprobar lo siguiente. La política constitucional, las cuestiones de administración, los problemas de economía pública son asunto exclusivo de los gobernantes. A los periodistas sólo les es permitido entonar diariamente, con serena unanimidad, el himno de la lisonja. La juventud se dedica cada vez más a las abstracciones científicas y a los inofensivos entretenimientos literarios; y ello, con la condición de no permitirle la más indirecta alusión a la actualidad, ni buscar pretexto en el estudio de otras épocas para analizar estados sociales análogos. Tantos obstáculos encuentran aún todas las actividades intelectuales, que necesariamente tienen que desviarse de la lucha política y tender al quietismo. . . . Bien sé yo que hay temperamentos volcánicos que quieren y predicán la acción inmediata, la acción por todos los medios, hasta el sacrificio; pero nadie me negará que los temperamentos tranquilos están en mayoría, y que casi todos nosotros preferimos pensar sin obrar, prever melancólicamente el porvenir y condenar el presente en el tribunal de la conciencia, frase ésta que se repite a menudo cuando los hombres no saben ó no pueden hacer efectiva la justicia. . . .

"¿Por qué no predominan hoy los temperamentos impulsivos sobre los temperamentos flemáticos? Y cuando predominan por acaso (esto es bien raro) ¿por qué la acción resulta inútil, terminando en el aborto de todas las buenas intenciones, en el fracaso de los más simpáticos proyectos? ¿Será porque el cielo infernal que hace un momento quise bosquejar está abierto todavía? . . .

Enrique Aracil replicó a Lodi:

"—Voy a esforzarme en contestar las preguntas con que espiritualmente ha puesto fin a su discurso el señor Lodi. Si los temperamentos impulsivos predominan hoy sobre los temperamentos flemáticos ó prudentes, llegaríamos en seguida a un estado de revolución violenta, a la revolución que con tanta elocuencia y patriotismo nos predica el diario el señor Delsol. La cuestión teórica consiste, pues, en averiguar si es preferible reaccionar por medios violentos, con la guerra, ó por medios pacíficos, con la propaganda. Ya veo á mi amigo Delsol impaciente por responderme que es preciso apelar á la fuerza cuando la fuerza domina. Convergamos en ello provisionalmente. Pero ¿qué habríamos ganado con eso? Nada más que destruir una tiranía para caer en otra; porque cuando un pueblo soporta la tiranía de un hombre está preparado á soportar la tiranía de otro hombre. Y de esto proviene en gran parte que las buenas intenciones aborten y los nobles proyectos fracasen.

"Busquemos las causas del triste estado de cosas que el señor Lodi acaba de pintarnos con colores sombríos, y veremos que, además de ser múltiples sus causas, ese estado de cosas no es peculiar de nuestro país sino de nuestra época. La época en que vivimos es radicalmente pesimista. Todos los viejos ideales han desaparecido ó están muriéndose de consunción, lo mismo los ideales religiosos que los ideales literarios, así los ideales filosóficos como los ideales políticos. Y con la desaparición de esos ideales en los espíritus más cultivados coincide naturalmente la disolución de aquellos principios que formaban una moral universal, en otros principios de moralidades parciales. Una acción es hoy inmoral, no por ser acto de desobediencia á un mandamiento absoluto, sino por ser acto contradictorio con los principios morales más generalmente admitidos en la sociedad, en la clase social, en el tiempo y medio en que se vive. Creo que fué Helvecio quien dijo, y dijo bien, que "el hombre virtuoso no es aquel que sacrifica sus placeres, sus hábitos y sus más fuertes pasiones al interés público, porque tal hombre es imposible; sino aquel cuya más fuerte pasión se conforma de tal modo con el interés general, que es casi siempre impulsado á la virtud."

"—Con lo cual—interrumpió Delsol—llegamos á justificarlo todo, á justificar el despotismo, porque la generalidad lo admite!

"—A justificarlo todo nó, querido colega; pero sí á explicarlo todo, ó á explicar muchas cosas.

"—De manera que existe una moralidad de los despotas por encima de la moralidad de la gente honrada?

"—Por encima nó, mi querido amigo; pero sí

al lado. Ambas moralidades coexisten; y lo prueba el hecho de que los actos despóticos no sólo son explicados moralmente por los despotas, sino que estos llegan hasta convencerse á sí propios de la moralidad de sus actos. Y los pueblos se convencen también, al menos por períodos enteros; unas veces dejándose deslumbrar ó suggestionar por prestigios personales de sus gobernantes, y dominados otras veces por la creencia fatalista de que sus esfuerzos son inútiles. Si es que hay todavía creencias colectivas, creencias que predominen en todo un pueblo. . . . porque yo pienso más bien que tales creencias no existen hoy y que por eso están tan difícil la redención que los nuevos apóstoles nos predicán.

"—Es imposible, entonces, toda redención?

"—Imposible nó; pero para que el estado social de un pueblo cambie es preciso que se establezca una tendencia general de ideas, sentimientos y esfuerzos, tendencia que dé una resultante única de las actividades sociales. Y para que esto se verifique hay que encontrar la fórmula que armonice las voluntades y las dirija en un mismo sentido; fórmula que, desgraciadamente, los nuevos evangelistas no han encontrado. Y en cuanto á las viejas fórmulas, ya ellas no sólo no tienen prestigio alguno eficaz, sino que son inexactas. Ved lo que ha sucedido y está sucediendo con la última y más hermosa fórmula regeneradora, con la trinidad ideológica de los revolucionarios franceses:—libertad, igualdad, fraternidad,—fórmula que por tantos años ha conservado un aspecto dogmático. Qué sucede hoy? Que la fisiología y la psicología experimentales vienen demostrándonos la candeidez de admitir ninguna libertad moral en el hombre; que la sociología, cuando habla de libertades sociales emplea el término de un modo tan convencional, con una elasticidad tal que á menudo las llamadas libertades sociales se reducen á relaciones forzosas; y que en la política la libertad anda siempre subordinada, encadenada á las necesidades del momento. Y si esto pasa con la libertad, cosa análoga pasa con la igualdad. La igualdad de los hombres no existe sino ante la ley; y esto mismo es una metáfora, porque no somos iguales ante la ley sino cuando se trata de asuntos civiles, ó de algunos asuntos civiles, y porque en asuntos penales la aplicación de la ley depende siempre de circunstancias personales de los procesados; es decir: de la averiguación de todo lo que hace desiguales á los hombres. . . . La fraternidad es quizá el único sentimiento que distingue la civilización actual de las antiguas civilizaciones; pero no la fraternidad en política (claro está que nuestro amigo Delsol no abriga sentimientos fraternales para los que él llama tiranos), ni tampoco en las relaciones intelectuales, ni en las relaciones económicas, donde lo único á que llega la bondad del corazón humano es á armonizar intereses en la lucha por la vida, y á aceptar resignadamente aquella armonización como necesidad imperiosa, como resultante fatal de los caracteres de la existencia contemporánea. Como sentimiento, la fraternidad sólo existe para con los que no pueden luchar todavía ó no pueden luchar más; para con los niños, los ancianos, los enfermos, los menesterosos. . . . Es verdad que aún hoy la fraternidad caritativa suele convertirse en moda, en ostentación; pero muy á menudo, casi siempre, es una verdadera virtud: el placer de hacer bien para satisfacer una inclinación bondadosa, un sentimiento de generosidad arraigada; inclinación y sentimiento que no son privilegios de ninguna clase social ni de ninguna secta, sino que pertenecen en común á todas las almas nobles, lo mismo á las favorecidas por la fortuna que á las condenadas al dolor perpetuo, así á las que no esperan premios después de la muerte como á las que se creen ángeles caídos que andan buscando por el mundo sus alas para volver al cielo. . . .

"De modo que de la vieja fórmula política no queda nada político; y es preciso descubrir la fuerza que nos distraiga del pesimismo que nos atrae. ¿Dónde está esa fuerza? Agotados los viejos ideales, el porvenir se nos presenta oscuro. Terminadas las grandes batallas por lo que se creía libertad política, las inteligencias andan dispersas, ningún lazo guerrero las une, cada cual busca por su cuenta la nueva vía, la nueva escuela, la originalidad. Todos nos hacemos profundamente egoístas: los gobernantes, para conservar el poder y explotar á los gobernados; los gobernados, para evitar á toda costa toda relación con los poderes públicos, evitando así en lo posible la explotación exagerada y la persecución violenta; los hombres de ciencia, para encaminarse tranquilamente á la sabiduría inactiva y consolante; los hombres de letras, para correr en pos de la fama, la fortuna y la gloria.

"En la patria piensan pocos, muy pocos. . . . No? ¿De dónde viene entonces esa tranquilidad con que los gobernantes á quienes llamamos despotas ejercen los poderes públicos y esa calma con

que los pueblos los toleran? . . . Bien es cierto que la calma popular no es definitiva, no puede ser definitiva. Supongamos (por desgracia hoy no tenemos más consuelo que el de formular hipótesis), supongamos que un régimen menos tiránico logre implantarse por algún tiempo, y ya veremos quizá cómo la calma desaparece, cómo el pueblo se hace cada vez más nervioso. Supongamos que se presente una cuestión que apasione á las masas, un movimiento socialista, por ejemplo. . . . ¿por qué no? . . . ó que, desgraciadamente, caigamos en otra guerra civil, y ya veríamos cómo, al mismo tiempo que se desperditan los malos instintos y se repitiesen las crueldades que reinaron durante la más larga de nuestras revoluciones, hecha según la pintoresca expresión de un amigo mío, por "demonios con alas de ángel". . . . (Fuerzas rumores). . . . Ya sé yo que la guerra federal tiene el privilegio de exaltar las pasiones más que ningún otro período histórico, y que, aún entre nosotros que no la presenciáramos, queda el rescaldo de los odios que dividieron á nuestros padres. Pero tal circunstancia no ha de impedirme aplicar á aquel luctuoso período el juicio que á los partidos de su patria aplicaba un ciudadano de los Estados Unidos, y decir que de los dos partidos en que entonces se dividió la nación, el uno tenía la mejor causa y el otro los mejores hombres. . . . (Nuevas interrupciones). . . . A vuestras interrupciones voy á contestar con un hecho. No hace mucho que uno de nuestros hombres públicos de más larga historia decía: que si los oligarcas hubiesen alzado la bandera de la federación, los liberales habrían alzado la del centralismo! Lo cual viene á demostrarnos de nuevo dos cosas; á saber: que muchas veces ciertos hombres aparecen afiliados en la causa del progreso, por caprichos del destino ó por cálculos interesados; y que la moralidad de la historia debe buscarse más bien en los hechos que en las intenciones de los hombres. ¿Cuántos de nosotros, que hoy somos defensores fervientes del régimen federalista, no habríamos hecho una oposición ocasional á los que se apoderaron de este principio obedeciendo á ocasionales conveniencias? . . . Y con esto no quiero decir, entiéndase bien, que todas las tristezas de aquella guerra sean imputables á un solo bando. Así el bando de la tradición centralista como el bando revolucionario serían moralmente responsables ante la conciencia nacional, si pudiese juzgarse con imparcialidad los actos y propósitos de cada uno. De donde podríamos deducir una lección; á saber: que no es apelando en todo caso á la revolución armada como se acaba con un despotismo, ni es tampoco defendiendo dogmáticamente sistemas de partidos como se transforma la vida de los pueblos. Los partidos políticos tienen los mismos vicios originales que los sistemas religiosos: Un jefe, un dogma prehecho y una disciplina reglamentada. En ellos domina siempre el espíritu de secta, la lucha en favor de ideales que rara vez están conformes con las tendencias nacionales, la creencia exagerada de que sus fórmulas teóricas resolverían por arte mágica todos los problemas del presente y del porvenir (*). En cambio, los pueblos tienden á evolucionar sin jefe, sin dogma, sin otra disciplina que las necesarias armonías que entre las diversas actividades se establecen de un modo casi inconsciente, á medida que se suceden los ensayos aislados y las experiencias temporales. . . . Supongamos que una normalidad política cualquiera coincida con una situación económica muy próspera, con el aumento muy rápido de la población y con una vida industrial intensísima; entonces todo cambiaría, cualesquiera que fuesen los hombres que ejerciesen el poder, cualesquiera que fuesen los programas de los partidos. El despotismo sería imposible arriba porque la pasividad ya no existiría abajo. La vida nacional habría cambiado de aspecto y de rumbo, á pesar de la acción del gobierno y sin que en ello hubiesen influido para nada ni los evangelistas del fusil ni los evangelistas de la pluma. . . .

"Pero á donde quiere ir á parar el señor Aracil con esa serie de conjeturas y distinguos?—volvió á interrumpir Delsol.

"—A esta conclusión, mi querido colega y amigo. El hecho mismo de que estemos aquí discutiendo revela que no hay ni puede haber unidad en nuestras tendencias. Los unos quieren la lucha inmediata; los otros no se deciden por ahora á la acción.

(*) Aracil exponía la misma idea insinuada incidentalmente por Macaulay en su Ensayo sobre la *Constitutional History of England* de Hallam: "Every political sect has its esoteric and its exoteric school, its abstract doctrines for the initiated, its visible symbols, its imposing forms, its mythological fables for the vulgar. It assists the devotion of those who are unable to raise themselves to the contemplation of pure truth by all the devices of Pagan or Papal superstition. It has its altars and its fabled heroes, its relics and pilgrimages, its canonized martyrs and confessors, its festivals and its legendary miracles."

—Y el señor Aracil pertenece á los últimos!
 —Otro distingo. Pertenezco á medias. Yo estoy también por la acción, aunque no por la acción que nos propone el señor Delsol; y por temperamento me inclino al escepticismo disgustado, aunque no á la misma serenidad escéptica en que se complace el señor Lodi.... Y para concluir, permitidme deciros que la prudencia nos aconseja desconfiar igualmente de dos cosas: de los dogmas regeneradores ó evangelios políticos, porque los pueblos no creen en la misteriosa virtud del ideal sino cuando éste se ha realizado; y de la ilusión infantil de que el porvenir de la patria dependa sólo de las vagas é indeterminadas aspiraciones de la juventud batalladora; porque la patria es algo más complejo, más vario, más grande: es el organismo social con todas sus fuerzas de conservación y de progreso, que vive y se desarrolla, no bajo el sólo impulso de la parte más joven de su cerebro, sino por el espontáneo movimiento de todos sus órganos y la espontánea manifestación de todas sus actividades.... Obremos, sin embargo, para ver á donde nos conduce la acción; pero sin exagerar de antemano los resultados de la acción, y recordando más bien este sabio aforismo de Goethe: lo poco que se ha hecho parece nada cuando se mira adelante y se ve lo mucho que queda aún por hacer.

Das Wenige verschwindet leicht dem Blicke
 Der vorwärts sieht, wie viel noch übrig bleibt!

"Y sobre todo, no arrastremos en la acción á nuestra sociedad, porque ella no sobreviviría al primer combate. Ayudemos, como particulares y del modo que cada cual pueda y sepa, á todos los que inicien proyectos generosos é intenten

nobles obras; pero continúe como hasta ahora nuestra sociedad, con su nombre y carácter de *Amigos de la ciencia*, para que en toda ocasión nos sirva de santuario, de refugio y de hogar"...
 Después de otros discursos, análogos en ideas á los anteriores, el Presidente hizo un resumen de la discusión y terminó aconsejando á la Sociedad que adoptase las conclusiones de Aracil.

En medio de los aplausos con que la mayoría acogió el consejo del Presidente, se oyó la voz vibrante de Delsol, que interrumpió por última vez:—"Lo de siempre! Elocuencia, buenas intenciones.... y nada!"

JOSÉ GIL FOLTOUL.

PENSAMIENTOS

Ser *tolerantes*, no es como generalmente se cree admitir que nuestro contendor ó adversario pueda tener razón; no consiste tampoco en ser indiferentes á las ideas que se combaten. Son éstas, dos formas del escepticismo, que deben igualmente rechazarse.

Ser *tolerantes*—escuchad bien esto, amigo mío, y yo os lo suplico, tratad de sacar provecho de ello—ser tolerante, es creer que la persona que expresa una opinión distinta á la nuestra lo hace de buena fe, que es por tanto necesario prestarle atención y que es acreedor al respeto que merece siempre la buena fe. Es en esto y en esto únicamente, que consiste, que estriba, la verdadera *tolerancia*.

F. SARCEY.

RECUERDOS

Era una noche fría
 Nublado el cielo estaba;
 No brillaba la luna, negra nube
 Como cendal de muerte la ocultaba.

Ella, mi amor primero,
 Bajo las frescas ramas
 De los frondosos tilos se adormía,
 Sereno el corazón, tranquila el alma.

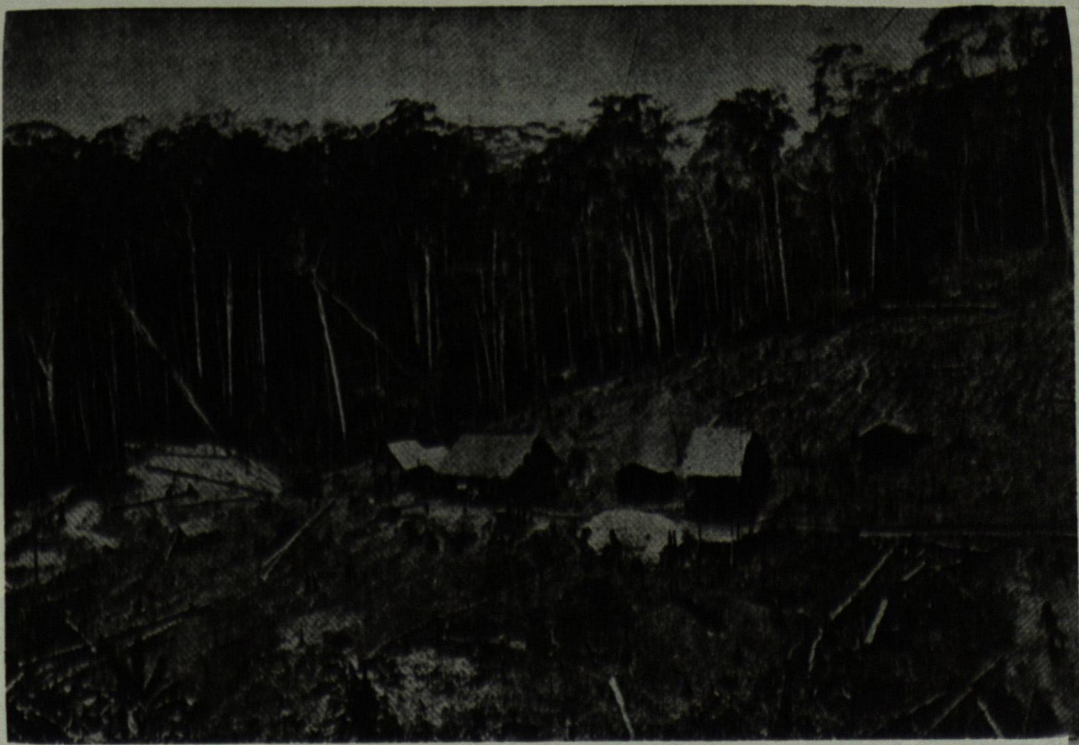
A mis amantes besos
 Alegre despertaba;
 Y yo tenía un cielo de venturas
 En el vago fulgor de su mirada.

Era otra noche fría,
 Muy triste el cielo estaba,
 Y en mi enlutado corazón raudales
 De abrasadoras lágrimas rodaban.

Ella, mi amor primero,
 Bajo las frescas ramas
 De los frondosos tilos ¡ay!... yacía
 Rígida y muda cual marmórea estatua!

No más brillaba fúlgida
 La luz de su mirada;
 Ni á mis dolientes ayes respondía!
 Ni á mis amantes besos despertaba!

P. FORTOULT HURTADO.



GUAYANA. — Venezuela. — TERRENOS AURIFEROS DE EL POTOSÍ. — NUEVA PROVIDENCIA

(De fotografía de Lessmann)

HELÉNICA

¿Por qué al sensible corazón torturas
 con torpes celos y penosas cuitas,
 si la agonía las purpúreas rosas
 de tus mejillas dejará marchitas?

¿Por qué abandonas el errátil plectro
 si el numen en tus ojos centellea,
 y oyes que amantes á cantar te incitan
 las palomas de Venus Citera?

Olvidando el dolor, ven á los bosques
 por donde corre el murmurante Ilioso,
 y verás como esplende su corola
 entre menudas hojas el narciso.

Ven, y tu pecho aspirará gozoso
 el aliento vernal de la mañana
 con el aroma del rosal de Nossis
 y el olor de la suave mejorana.

Ven á las frondas do la vid fecunda
 la sed apagará de tu deseo,
 hasta que bebas bienhechor olvido
 en las ondas calladas del Leteo.

La somhra va á enlutar el horizonte
 y la silente noche se avecina,
 á cobijar con su indeciso velo
 los cándidos amores de Lucina.

Ven, y la angustia que lacera tu alma
 oculta dejarás en el misterio

cuando las musas á tus sienes ornen
 con rosas inmortales del Pierio.

Toma tu doria lira, y de sus cuerdas
 no arranques sacros himnos, fieros yambos,
 sino celebra con risueño numen
 los del amor sublimes ditirambos.

Y no al sensible corazón tortures
 con torpes celos y penosas cuitas,
 que la agonía las purpúreas rosas
 de tus mejillas dejará marchitas.

GABRIEL F. MUÑOZ.

EL CURA DE CUCUÑAN

Todos los años, por las Candelas, los poetas provenzales publican en Aviñón un recogido librito lleno hasta los bordes de versos hermosos y de bonitos cuentos. Acábame de llegar el de este año, y en él encuentro un adorable cuento en verso, que voy á tratar de traduciros abreviándolo un poco. . . Parisienses, preparad vuestras canastas. Esta vez se os va á servir fina flor de harina provenzal.

El abate Martín era cura. . . de Cucuñán.

Bueno como el pan, franco como el oro, amaba paternalmente á sus cucuñanenses. Cucuñán hubiera sido para él el paraíso en la tierra, si los cucuñanenses le hubiesen dado un poco más de satisfacción. Pero, ¡ay!, las arañas tejían en su confesonario, y el hermoso día de Pascuas las hostias permanecían en el fondo de su sagrado copón. El buen sacerdote tenía lacerado el corazón con esto, y no cesaba de pedir á Dios de continuo la merced de no morir antes de haber vuelto al redil su descarriado rebaño.

Pues bien, váis á ver como Dios le oyó.

Un domingo, después del Evangelio, el señor Martín subió al púlpito, y dijo:

"Hermanos míos, creedme si queréis: la otra noche, ¡miserio de mí, pecador!, me hallé á las puertas del paraíso.

"Llamé: ¡abrióme San Pedro!

"—¡Caramba! ¿Estes, mi buen señor Martín?—me dijo—¿Qué buen viento le trae por acá? ¿En qué puedo servirle?

"—Buen San Pedro, Vmd. que tiene el gran libro y las llaves, pudiera decirme (si no poco de curioso en demasía), ¿cuántos cucuñanenses tienen ustedes en el paraíso?

"—No puedo negarle nada, señor Martín; siéntese, vamos á ver la cosa juntos.

"Y San Pedro cogió su abultado libro, lo abrió y se puso las antiparras.

"—Veamos un poco: ¿Cucuñán, decimos? Cu. . . Cu. . . Cucuñán. Aquí está. ¡Cucuñán! . . . Mi buen señor Martín, toda la página está en blanco. ¡Ni un alma! . . . No hay aquí más cucuñanenses que espinas en una pava.

"—¡Cómo! ¿Nadie de Cucuñán aquí? ¿Nadie? ¡No es posible! Mire Vmd. mejor. . . —"Nadie, santo varón. Mire usted mismo, si pienso que me burlo.

"Yo, ¡por vida! hería el suelo con los pies, y juntando las manos clamaba misericordia. Entonces, San Pedro dijo.

"—Créame, señor Martín, no hay que tomarse tanta desazón, pues podría darle un arrebatado de sangre. Después de todo, usted no tiene la culpa. Mire, sus cucuñanenses de seguro que deberán estar pasando su cuarentenilla en el purgatorio.

"—¡Ah! ¡Por caridad, excelso San Pedro, haga usted que á lo menos pueda verlos yo y consolarlos!

"—Con mucho gusto, amigo mío. . . Mire, cálcese pronto estas sandalias, porque los caminos no están nada buenos. . . Bien. . . Ahora camine en derecha. ¿Ve usted allá abajo, en el fondo, á la vuelta? Pues allí encontrará usted una puerta de plata, llena de cruces negras. . . á mano derecha. . . Llame y le abrirán. ¡Adiós! Conserve tan sano y tan guapo.

"Y anduve. . . anduve! ¡Vaya un trajín! Carne de gallina se me pone, sólo de pensarlo. Un senderito lleno de cambronerías, de carbunclos relucientes y de culebras que silbaban, me llevó hasta la puerta de plata.

"—¡Tan, tan, tan!

"—¿Quién llama?—me dijo una voz ronca y quejumbrosa.

"—El cura de Cucuñán.

"—¡Ah! . . . Pase usted.

"Entré. Un ángel grande y hermoso, con las alas oscuras como la noche y un traje talar resplandeciente como el día, con una llave de diamante colgando del cinturón, escribía *cra-cra*, en un gran librote más gordo que el de San Pedro. . .

"—Acabe pronto, ¿qué quiere usted y qué pregunta?—dijo el ángel?

"—Bello ángel de Dios, quiero saber (si no poco tal vez de curioso) si tienen ustedes aquí á los cucuñanenses.

"—¿Los. . . ?

"—Los cucuñanenses, las gentes de Cucuñán. . . Que yo soy su párroco.

"—¡Ah! El abate Martín, ¿no es eso?

"—Para servir á Vmd., señor ángel.

"—Decía usted que Cucuñán. . .

"Y el ángel va y abre su gran libro, mojando el dedo en saliva para que las hojas corran mejor. . .

"—¿Cucuñán?—dice exhalando un largo suspiro.—Señor Martín, en el purgatorio no tenemos á nadie de Cucuñán.

"—¡Jesús, María y José! ¡Nadie de Cucuñán en el purgatorio! Santo Dios! Pues ¿dónde están?

"—¡Eh, santo varón! Estarán en el paraíso. ¿Dónde diantres quiere usted que estén?

"—¡Pero si vengo de allí, del paraíso! . . . —"¿Qué viene usted de allí? Bueno, ¿y qué?

"—Bueno, ¿y qué? . . . ¡que no están allí! . . . ¡Ah Santa Madre de los ángeles!

"—¿Qué quiere usted, señor cura? Si no están en el paraíso ni el purgatorio, ¿qué duda tiene! están en el. . .

"—¡Santísima cruz! ¡Jesús, hijo de David! ¡Ay, ay, ay! ¿Es posible? . . . ¡Habría mentido el Gran San Pedro! . . . ¡Sin embargo, no he oído cantar el gallo! . . . ¡Ay, pobres de nosotros! ¿Cómo he de ir al paraíso, si allí no están mis cucuñanenses?

"—Oiga, mi pobre señor Martín; puesto que se empeña, cueste lo que cueste, en estar bien seguro de todo ello, y ver por sus propios ojos lo que haya, tome usted esa senda y ande á buen paso, si sabe correr. . . A la izquierda encontrará un gran portal. Allí le darán razón de todo. ¡Váyase con Dios!

"Y el ángel cerró la puerta.

"Era un largo sendero, empedrado todo él de brasas rojas. Tambaleábame, como si hubiese bebido; á cada paso un tropiezo; iba chorreando agua, en cada pelo de mi cuerpo había una gota de sudor y jadeaba de sed. . . Pero, á fe mía, gracias á las sandalias que me prestó el buen San Pedro, no me abrazaba los pies.

"Así que hube dado muchísimos pasos renqueando, vi á la mano izquierda una puerta. . . no, un portón, un enorme portón, abierto de par en par, como la puerta de un gran horno. ¡Oh, hijos míos, qué espectáculo! Allí no me preguntan mi nombre, allí no hay registro. Por hornadas y con puerta franca éntrase allá, hermanos míos, lo mismo que entráis vosotros el domingo en la taberna.

"Sudaba yo la gota gorda, y sin embargo estaba yerto, escalotriado. Ponfánsame los pelos de punta. Oía á chamusquina, á carne asada, algo así como el olor que se difunde por nuestro Cucuñán cuando el albéitar Eloy quema el casco de un burro viejo al herrarlo. En aquel aire pestífero y caluroso me quedaba sin aliento; oía un clamor horrible, gemidos, aullidos y juramentos.

"—¡Vamos, tú! ¿Entras ó no entras?—me dijo un demonio cornudo, pinchándome con su tenedor.

"—¿Yo? No entro. Soy un amigo de Dios.

"—¿Con que eres un amigo de Dios? . . . ¡Eh, bribón de tífo! ¿Qué vienes á hacer aquí?

"—Vengo. . . ¡Ah, no me hables de eso, que ya no puedo tenerme en pie! . . . Vengo. . . vengo de lejos. . . á preguntarle á usted humildemente. . . si. . . si, por casualidad. . . hay aquí. . . alguno. . . alguno de Cucuñán. . .

"—¡Ah, fuego de Dios! Te haces el tonto, como si no supieras que todo Cucuñán está aquí. Mira, cuervo feo, mira y verás cómo apañamos aquí á tus famosos cucuñanenses. . .

"Y en medio de un espantoso torbellino de llamas, ví:

"Al larguirucho de Coq-Galine (todos les habéis conocido, hermanos n.ros); Coq-Galine, aquel que se emborrachaba tan amenudo, y con tanta frecuencia sacudía las pulgas á su pobre Clairon.

"Vi á Catarinet. . . aquella mendiga pequeña. . . con su nariz al aire. . . que dormía sola en el hórreo. ¿Os acordáis, tunantes? . . . Pero, chito; he dicho lo bastante.

"Vi á Pascal Doigt-de-Paix, que hacía su aceite con las olivas del señor Julien.

"Vi á Babet, la espigadora, que al espigar, para atar más pronto su gavilla, robaba á puñados en los montones de haces.

"Vi al maestro Grapasi, que aceitaba también la rueda de su carretón.

"Y á Dauphine, que vendía tan cara el agua de su pozo.

"Y al Tortillard, que cuando me encontraba llevando al Santísimo seguía como si tal por su camino, calada la gorra en su cabeza y con la pipa en el morro, y orgulloso como Artaban. . . cual si se hubiese topado con un perro.

"Y á Coulau con su Zette, y á Santiago, y á Pedro y Antonio. . ."

Conmovido y pálido de miedo, gimí el auditorio al ver en el infierno, abierto de par en par, quién á su padre y quién á su madre, éste á su abuela, estotro á su hermana. . .

"—Ya comprenderéis, hermanos míos—prosiguió el buen abate Martín—ya comprenderéis que esto no puede continuar así. Tengo cura de almas, y quiero, ¡quiero! salvaros del abismo adonde todos estáis en vías de rodar cabeza abajo. Mañana pongo manos á la obra, mañana mismo, sin tardar. ¡Y no faltará quehacer! He aquí como voy á arreglármelas. Para que todo ande bien, hay que hacerlo todo con orden. Iremos en filas, como en Jonquíeres cuando hay baile.

"Mañana, lunes, confesaré á los viejos y viejas. Esto no es nada.

"El martes, á los chiquillos. Pronto acabaré.

"Miércoles, los mozos y las mozas. Esto podrá ser largo.

"Jueves, los hombres. Cortaremos por lo sano.

"Viernes, las mujeres. Diré: ¡nada de chismes!

"Sábado, ¡el molinero! . . . No es mucho un día sólo para él. . .

"Y si el domingo hemos acabado, seremos muy felices.

"Ya veis, hijos míos; cuando el trigo está maduro, hay que segar; cuando el vino está echado hay que beberlo. Basta ya de ropa sucia; se trata de lavarla, y de lavarla bien.

"Esta es la gracia que á todos os deseo. Amén."

Dicho y hecho. Hubo colada de lejía.

Desde aquel memorable domingo, el aroma de las virtudes de Cucuñán se respira á diez leguas en contorno.

Y el buen pastor, señor Martín, dichoso y lleno de regocijo, soñó la otra noche que, seguido de todo su rebaño, subía el clarísimo camino de la ciudad de Dios, en resplandeciente procesión, en medio de los cirios encendidos, de una nube de incienso que embalsamaba, y de los niños de coro cantando el *Te Deum*.

Y hete aquí la historia del cura de Cucuñán, tal como me ha mandado contármela ese gran tunarra de Roumanille, quien la sabía á su vez por otro buen compañero.

ALFONSO DAUDET.

REDENCIÓN

Á HORACIO CASTRO

Yo quiero un grande amor, el de Julieta
Dulce y ardiente que á mi pecho embriaga:
Es amor que perfuma cual violeta,
Es amor que hiere como daga.

Los amores profundos que se albergan
En el fondo del pecho cual serpientes
Son pasiones que matan ó postergan,
Emponzoñan del goce hasta las fuentes.

Así venero la pasión en Dante,
Lloro con Abelardo, el Prometeo,
Porque sintieron el amor gigante,
Y yo no gusto del amor pigmeo.

En la bella suicida, Safo loca
Que se lanza en las olas del Leucade,
Hay un amor que en lo sublime toca
Y que el santuario de la gloria invade.

Mas el amor que nace débil, tierno
Y se expresa en arrullos de paloma
Que no tiene las llamas del infierno
De lo cobarde la figura toma.

El león se prosterna entre rugidos
Por el salvaje objeto de su arroyo
Y los búhos se besan con graznidos
Y con fiera sangre la boca.

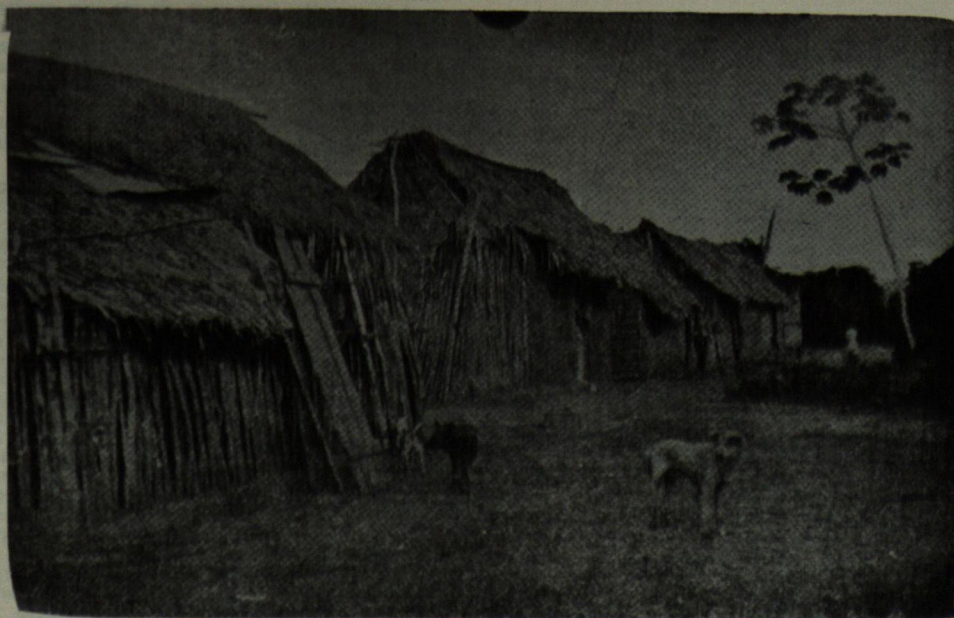
Sabe adorar el lobo en su guarida,
El hosco buitre con empuje recio,
Al que no ama cual ellos en la vida
Yo le arrojo el sarcasmo del desprecio.

Al que ignora ese amor rabia y encono
Del león refugiado en la caverna,
A ese como mortal no lo perdono,
Caiga sobre él execración eterna!

Porque el amor cobarde nos rebaja
Y es el amor profundo maravilla:
El amor llega á crimen y no ultraja,
El amor llega al cieno y nos humilla.

A las plantas de Cristo Magdalena
Que arde de amor en la impetuosa llama,
Alcanza redención para su pena,
Que mucho se hace cuando mucho se ama!

SAMUEL DARÍO MALDONADO.



PUEBLO NUEVO — (Venezuela) — CERCA DE CARENERO



CARENERO — VISTA DE SUR A NORTE



FERROCARRIL DE CARENERO. — (Venezuela)

LOS SISTEMAS TERMOMÉTRICOS

(Traducido de *La Nature*)

Se nos informa que el Gobierno de Prusia acaba de declarar *legal* el sistema Centígrado ó de Celsius, como se llama fuera de Francia—Una palabra de historia á propósito de esta resolución. Es al célebre meteorologista Dore que se debe lo que queda de popularidad al sistema Réaumur en Alemania; reconociendo las ventajas de la división centesimal, decía él á sus jóvenes discípulos: "después de mi muerte haced lo que gustéis, pero por piedad no me obliguéis mientras viva á cambiar mis hábitos, estoy ya demasiado viejo para ello." En su *Historia del Termómetro*, el señor Renon hace observar que los ingleses emplean el sistema del danés, Fahrenheit;

Los franceses el del sueco, Celsius;

Los alemanes el del francés, Réaumur.

Completaremos esta paradoja diciendo que el sistema de Fahrenheit ha sido definido por Hanar, el de Celsius quizás por Christin, y en fin, que en su origen los termómetros de Réaumur marcaban un punto próximo á 100° y á veces algo superior, en la temperatura de la ebullición del agua; que Fahrenheit graduaba sus termómetros marcando 0° en la temperatura más baja del invierno, y 24° exponiendo el instrumento á los rayos del sol; más tarde esta graduación fué dividida en cuatro partes. Fué tan solo en 1737 que Hanor escribió: "Según los termómetros más importantes que el señor Römer de Dantzig ha hecho construir por el mejor fabricante, Fahrenheit, el agua hierve á los 210° y se hiela á los 32°."

Celsius, á quien debe la termometría grandes perfeccionamientos, publicó en 1742 los procedimientos de graduación de sus instrumentos. En esa época indicaba la graduación de 0° para el agua hirviente y la de 100° para el agua congelada; fué más tarde que invirtió los términos de su escala. En la misma época Chrishin, miembro de la academia de bellas artes de Lyon, publicó una serie de notas acerca de la graduación de los termómetros mercuriales; y fué en julio de 1743 que publicó la proposición de dividirlos en cien partes. El 11 de setiembre de ese año escribió: "Si el público quiere adoptar la nueva nomenclatura de 100 grados creo que acertará, pero si decide lo contrario y no la acepta, siempre me quedará la satisfacción de haber propuesto cosa útil y conveniente." De donde resulta que la división centesimal hoy en uso fué propuesta por Chrishin independientemente de Celsius. ¿Quién fué el primero en emplearla? Creemos que este punto histórico aún se ignora.

En cuanto á Réaumur procedió para establecer su sistema, de la manera siguiente: habiéndole demostrado sus experimentos que cierta cantidad de alcohol *hidratado* que en cero grado ocupaba el volumen de 1.000, se expandía en agua hirviente al de 1080, estableció como graduación de temperatura la elevación necesaria para dilatar en alcohol de 171.000 de su volumen. Creyó haber así dividido en 80 partes el intervalo comprendido entre la congelación del agua y su ebullición; esta definición fué conservada al sistema Reaumur apesar de que él mismo fijó el punto superior de la escala por la temperatura de ebullición de un alcohol determinado. En realidad lo que él hizo fué dividir en 80 partes iguales un intervalo correspondiente más ó menos á 80 de nuestros grados actuales, de manera que, atendiendo al sistema de Reaumur pero no á su definición, se habrían construido por casualidad termómetros graduados poco más ó menos según el sistema centígrado. Fué, pues, estableciendo un procedimiento erróneo sobre una mala definición, que nació ese termómetro que tanto cuesta descartar á los físicos hoy en día.

El Gobierno Imperial, tomó la delantera al Gobierno de Prusia fijando el sistema que debe adoptarse y ordenando que los termómetros medios deben ser construídos con un vidrio determinado (el vidrio normal de Iena) y que deben ser oficialmente verificados en el Instituto físico-técnico del Imperio, lo que ha dado por resultado el examen comparativo de 90.000 termómetros en un solo año. En Francia la libertad de fabricación de los termómetros es absoluta; pero no así en Inglaterra, el país de todas las libertades. Verdad ó fábula, el origen de la ley sobre la construcción de los termómetros, merece ser conocida: Estando muy enfermo el príncipe de Gales, fué mal asistido debido al uso de un termómetro que tenía 2 grados de diferencia; por poco muere, pero apenas restablecido se ocupó de impedir que semejantes errores pudieran repetirse. Desde entonces más de 5.000 termómetros médicos pasan anualmente por la oficina de Kew.

C. E. G.



OFICINAS Y RESIDENCIA DE LA OFICIALIDAD DE LA COMPAÑIA DE CARENERO

SEMBLANZAS DE PROCERES CIVILES

DOCTOR JUAN GERMAN ROSCIO

CARTAS INEDITAS

COLECCION YANES

Angostura: 16 de 1819.

Mi querido Yanes:

Es llegado el tiempo de contestar su carta de usted en favor del General Arismendi. Está en libertad y es Vice-Presidente de la República por renuncia del señor Zea. Su nombramiento será muy satisfactorio para el Presidente, pues desde diciembre del año pasado, me insinuó que este oficial General era apropiado para llevar el Poder Ejecutivo de la República, por su actividad, patriotismo, etc. Tiene generosidad para con sus rivales y no reconoce otros enemigos que los que se oponen a nuestra independencia y libertad.

Con esta medida quedó terminado el proceso de Margarita. Mucho vale esa isla por su decidido amor a la emancipación y libertad; es digna de toda indulgencia y sus habitantes son superiores a los antiguos lacedemonios. El General Arismendi en su larga prisión ha dado muchos testimonios de su obediencia y respeto al Congreso y Gobierno, y desde su prisión ha enviado medidas de seguridad y defensa. Antenoche fué electo para la Vice-Presidencia y desde esa misma noche ha desplegado su actividad de una manera muy satisfactoria para sus electores, y para todos los interesados en nuestra causa.

Resta pues que usted haga conocer esta verdad a esos heroicos habitantes de Margarita, para quienes, empezando por el General Gómez, es Arismendi el mejor amigo y favorecedor. Los hechos serán más elocuentes que yo. Resta igualmente que cesen las diferencias suscitadas entre el Almirante y Jolí, y que usted tome en este cese el mayor interés, porque importa al servicio de la causa.

Me remito a la *Gaceta*, en cuanto a noticias políticas y militares.

De la epidemia que ha habido aquí murieron Mr. Princeps el 7 y el Coronel Elson el 13 de este mes; dos muertes muy sensibles: el primero estaba ya para volver a las misiones a empezar su establecimiento y el segundo iba ya a salir para Granada y Margarita en servicio de la República, y para atender a la subsistencia de las tropas, que se dice han comenzado a llegar a Margarita, de la expedición del General Devereux. De una tardanza igual en la del Coronel English resultarán iguales males. Es una cosa increíble, que no pudiesen salir desde setiembre hasta julio por falta de víveres, y que los tuviesen para permanecer tanto tiempo ahí, cuando los consumidos en tres ó cuatro meses de estación en esa isla, bastan y sobran, no digo a salir y desembarcar sobre la costa de Caracas, sino para hacerlo en Puertovel. Yo no lo entiendo. Además una gente bien armada y disciplinada se hace de comestibles, quitándose los al enemigo y viviendo de él. Semejante conducta dió mucho crédito a Napoleón en sus primeras campañas. Jamás dejó de obrar por esperar provisiones; la misma falta de ellas le servía de argumento para arengar á sus tropas y llevarlas al combate, con el fin de quitarle á sus contrarios, lo que á los suyos les faltaba. Usted lo sabe y sabe también que es diputado al Congreso por Casanare. Sabe igualmente que soy casado y que en este y cualquiera otro estado, que no sea el de fraile, soy su afectísimo

Roscio.

Guayana: 15 de noviembre de 1819.

Mi querido Yanes:

Anoche recibí su carta de 27 del pasado, contestando la mía de fines de setiembre. Con el mismo juramento digo á usted que no he recibido las cuatro cartas que usted me indica, ni más que la que trajo el General Arismendi; es decir que desde que usted salió de aquí, no he tenido sino estas dos cartas de usted. Ignoro qué habrá sido de las demás; ni el señor Zea me ha dicho que haya recibido alguna de usted.

Antes de continuar contestando la suya, le insertaré lo que dice otra carta de esa isla escrita por un pasajero que así se explica.—"Me hallo en esta isla bien contra mi voluntad, porque jamás había visto un lugar donde los espíritus estuviesen tan conmovidos unos contra otros. Es una vergüenza que los empleados y los magistrados sean los primeros: de lo que resulta que el servicio de la República no se hace como debe y el público se sacrifica y lo padece."

Creíamos que con el corte tomado en la causa de Arismendi y compañía cesara este mal; pero yo creo que no se remediará hasta la siguiente generación. Ya el Congreso había visto la tal causa por recurso de Arismendi; pero no hubo el desorden que se finje. El señor Zea había renunciado varias veces por escrito y á la voz. Como un niño lo hacía siempre que le censuraban sus providencias y sus omisiones. Muy bueno para escritor y para el despacho de una Secretaría de Negocios extranjeros; pero nulo para poner en movimiento las cosas de la guerra. Desgraciada la expedición de Barcelona y Cumaná, de rechazo los enemigos vinieron á San Diego y se creía que se acercasen acá. Al mismo tiempo no tuvo buen suceso el primer combate naval de nuestras fuerzas sutiles en Apure, y había otras pruebas de los designios del enemigo sobre esta provincia. En tales circunstancias Alzúru y Cádiz el mismo día vienen á casa, pidiéndome que convocara el Congreso para tratar de seguridad. Convoqué á sesión extraordinaria. Se leyeron los partes de Monagas y Cedeño y se hizo la moción de despacharse la última ó nueva renuncia del señor Zea.

Discutido largamente el punto, resultó admitida y se procedió á nombrarle sucesor, Arismendi era recomendado por su actividad, y tanto que por ella tenía el voto de Bolívar para el Poder Ejecutivo. Urdaneta era recomendado por sus servicios y por ser de la Nueva Granada: tuvo muchos votos y habría salido electo si hubiera estado aquí, porque de buena fe se creía que los enemigos se aproximaban, y que por tanto precisaba elegir persona que desde el momento empezase á obrar activamente. Arismendi así lo hizo y así lo está haciendo. Ningún honor hacen al señor Zea los motivos que alegaba para renunciar. Si se publicasen por la imprenta le harían mucho mal, y si él no hubiera renunciado no se habría procedido á nueva elección. Bastaba el Consejo de Administración de la Guerra que se había creado para auxiliar al Vice-Presidente.

Es verdad que era un obstáculo para Arismendi tener causa criminal abierta; pero desde luego los que votaron en su persona creerían dispensable el obstáculo, por la urgencia del peligro que de buena fe imaginaban existente y tan cercano que Urdaneta en la distancia de Maturín no lo podía remediar como Arismendi presente aquí. Ni zuzurro ni movimiento revolucionario precedió como á usted le han informado; y si lo hubo, que no me consta, para un veterano en la presencia de tales movimientos de nada vale el que allá se llevó. No creo que decir que hubo indicios ó preparativos de tal movimiento sea lo mismo que el haberlos, ni me asustan los efectivos. Si yo me hubiera hallado en el caso de Arismendi, yo no habría aceptado, sino instado que se determinara la causa abierta.

Esta carta empezada el mes pasado continuará y terminará, hoy 16 de diciembre, cuando por las *Gacetas* sabrá usted la venida del Presidente y los progresos de la libertad en la Nueva Granada.

Sus observaciones al Cuerpo Legislativo están en discusión. Casi lo mismo que usted me comunica en su carta se ha publicado en el Congreso. Se habla declamado ya y con más graves cargos contra el jefe de la marina. Yo enviaré á usted cuantos papeles públicos pueda para que recree su ánimo de las desazones del oficio, y las que ocasionan los desórdenes.

Aquí nos carcomemos con esas expediciones extranjeras que contra lo estipulado en las contrataciones arriban á esa isla á traernos indecibles gastos y males. Sobre todo esa detención, en donde no hay que comer, ni que beber para tantos; y sin embargo, no hay palanca que las eche sobre la Costafirme á buscar que comer y á quitarle con las armas en la mano el país, el pan y la carne al enemigo. Qué diablura!

Ya usted debe estar más instruido de la causa de la ida de Cagigal á la Habana con sus 3,000 hombres. El tratado de la Florida no ratificado por Fernando, el miedo á los Estados Unidos, etc.

La cosa es hecha como usted dice, y mañana ó pasado mañana saldrá del Congreso el decreto de la Unión, no como el de Eugenio entre los griegos y latinos, sino como lo requieren los pueblos de Venezuela y la Nueva Granada. Creo que nos veremos en Caracas en los primeros



PUEBLO DE HIGUEROTE. — (Venezuela.)
DESEMBOLCADURA DEL RIO CURIEPE



PUEBLO DE HIGUEROTE. — RIO CURIEPE — (Venezuela.) — DE NORTE Á SUR

meses del año siguiente, ó en la primavera ó equinoccio de verano.

Salud, pues, y mandar á su afectísimo

ROSCIO.

AD.—El señor Zea, á quien comuniqué sus memorias, trata de ir á viajar hasta Roma, en busca de una absolución del pecado reservado papal de insurgencia.

Diciembre 17.—Hoy se ha firmado el decreto de la Unión y es la República de Colombia, la que ha resultado de esta unión.

Presidente de ella nuevamente electo el General Bolívar, Vice-Presidente el señor Zea, Vice-Presidente del Departamento de Cundinamarca el General Santander, de Quito oco. y de Venezuela su amigo y seguro servidor.

Mi amigo el Coronel Montilla será portador de ésta y va en comisión del Presidente del Estado, para arrancar de esa isla la expedición del General Devereux, á toda costa. Yo ruego á usted le preste todos sus auxilios morales y físicos, en superlativo grado, para que salgan todos esos irlandeses de esa Margarita. No perdona usted medio que conduzca á este fin. . . .

Vale.

EL TOCADOR

AGUAS Y COSMÉTICOS PARA LA CARA

No empleéis jamás, ningún afeite: los rojos, todos, producen perniciosa acción sobre la piel, los blancos son peligrosos.

Las chiuas, sin embargo, han descubierto un afeite inofensivo: el jugo de remolacha con el cual se pintan las mejillas.

Las aguas, las pomadas, los polvos comunes, no surten efecto ó producen todos los contrarios á los que la persona se promete.

Voy á dar, no obstante, la receta de algunas aguas y cosméticos, y ello porque estoy segura de su completa inocuidad y porque algunos de ellos refrescan la piel.

Comenzaremos por los más simples:

A las pieles muy grasas, aceitosas, sientan muy bien los lavatorios de vino (todos los puros de Francia y los del Rin) cada quince días, poco más ó menos para los colores trigueños se empleará de preferencia el vino rojo.

El jugo de pepinos frescos es de los mejores

para la piel, así como también el agua en que se han hecho hervir algunas espinacas en flor. El jugo de fresas, del que ya hemos hablado repetidas veces, es superior á todos.

En el siglo XVI el agua de habas se hallaba muy en boga para el cutis. Esta agua harinosa merece en efecto la fama de que entonces gozó.

Nuestras abuelas galas, cuyo tinte destumbrador daba envidia á las romanas patricias, se lavaban la cara con espuma de cerveza, y usaban también una composición de tiza y vinagre. No sabré yo decir lo que deba creerse de esta solución, más puedo asegurar que la espuma de la cerveza se emplea aún con buen éxito por las mujeres del norte.

La bella dona (bella dama) trae su nombre del empleo que hacían de su jugo las italianas de Renacimiento, á fin de embellecer su tinte.

“Las damas romanas de la antigüedad, aquellas grandes coquetas—refiere no recuerdo quién,—consideraban la sangre de liebre como el más eficaz de los cosméticos” Bien repugnante, no es verdad?

La loción siguiente es muy buena: un vaso de jugo de limón fresco, medio litro de agua de lluvia, cinco gotas de esencia de rosas; guárdese bien tapada por algún tiempo, y después, lávese la persona de cuando en cuando con esta agua, que tiende á evitar la pérdida del color. Para las pieles suaves y flojas, conviene mucho el uso del siguiente cosmético (á intervalos de ocho días): una parte de leche, una parte de aguardiente de uvas. Humedece el rostro con una servilleta suave, mojada en la mixtura; en el momento de acostaros, y después de haberos lavado la cara. Los resultados no son inmediatos, es verdad, pero después de un año, la piel se ha unido suficientemente, y se ha tornado fuerte, fina y suave.

Si necesitáis de unciones grasas (piel muy seca) en vez de las cremas calmantes tan alabadas..... sin razón, tened un pote de vaselina muy purificada á la que mezclaréis algunas gotas de perfumado aceite.

El aceite de cacao enriquece las pieles delgadas.

Mixtura *Princess of Wales*: cuarta parte de un litro de leche mezclada con el jugo de un pedazo de limón de Portugal. Untese el rostro con esta composición por la noche al acostarse, y después quítese por la mañana con un poco de agua fresca (no fría).

En fin, he aquí algunos verdaderos cosméticos que no son peligrosos para los tegidos.

A fines de mayo, tomad una libra de mantequilla, [mantequilla muy fina] de la más fresca, de la más grasa posible, y del todo natural, por su puesto. Ponedla en una vasija blanca y colocadla en un lugar donde el sol le dé durante todo el día, pero cuidando de que ninguna suciedad venga á caer en vuestra preparación. Cuando la mantequilla esté derretida, derramad por cima un poco de agua de llantén uniendo bien las dos sustancias por medio de una paleta de madera. Dejad luego que el sol absorba esta agua de llantén y volved á derramar de la misma agua como la primera vez, hasta repetir la operación por cinco ó seis veces diarias. Hacedlo así hasta que la mantequilla á la vuelta de algunos días se haya tornado blanca como la nieve, y agregad á lo último un poco de agua de azahares y de agua de rosas. Untaos el rostro por la noche con esta pomada que debéis quitaros cuidadosamente al siguiente día. [Añeja y buena receta del tiempo de la bella Gabriela.]

Esta otra se remonta á la época de las Cruzadas: Se endurecen seis huevos frescos; se les quitan las yemas que se reemplazarán con mirra y azúcar cande en polvo, partes iguales. Unánse las dos partes de la clara del huevo que habia sido cortado para extraer la yema, y pónganse en un plato, así compuestos, al calor del fuego. A poco tiempo, saldrá de ellos una especie de licor que se mezclará con 32 gramos de grasa de puerco, preparada como lo indicamos en el capítulo de las pomadas para los cabellos, ó bien, á falta de esta grasa, con vaselina blanca. Esta mezcla proporciona una pomada con la que nos untamos la cara por la mañana, limpiándola con un paño suave y húmedo, después que la pomada se haya secado.

Este secreto de la hermosura fué, según se dice, traído de Palestina por bizarro caballero, de quien una sultana hubo de enamorarse. No agradaría mucho á la dama de este gentil introductor la infidelidad cometida, mas debió de perdonársela gracias al famoso cosmético que su intrusión en el harén le habia proporcionado.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

—¿Cómo! ¿El señor Motley tuvo conocimiento del delito de usted veinticuatro horas antes de hacerlo público? exclamé.

—Sí; me dejó escapar por consideración a mi esposa. Es un hombre de negocios muy avisado, pero tiene un buen corazón.

No respondí, porque esta inesperada noticia me había llenado de asombro.

—¿Y qué es lo que ha sucedido? preguntó Burns.

—Bien señor Burns, respondí con cierta dureza: sucedió lo que usted debería haber previsto. Cuando se presentaron las librazas y órdenes de pago al Banco, no había con que satisfacerlas, y por lo tanto el señor Motley tuvo que anunciar que el Banco suspendía pagos.

Se detuvo de repente, y mirándome con cierto aire de incredulidad dijo:

—¡Nada en caja fuerte! ¿Cómo puede ser eso cuando había unas noventa mil libras esterlinas?

—Sí, las había antes de que usted las hubiera tomado, le repliqué.

—¿Qué quiere usted decir? me preguntó sin moverse del punto en que se había detenido, lleno de indecible sorpresa.

—Lo que quiero decir es, agregué con cierta irritación, que no había nada en la caja fuerte después que el señor Motley le permitió a usted ausentarse con todo lo que en ella había.

—Tenga usted un poco de paciencia, me dijo, yo no puedo darme cuenta de lo que usted me está diciendo; pero empiezo a comprender.

Entonces repitió muy despacio y mecánicamente mis palabras: "no había nada en la caja fuerte después que el señor Motley me permitió ausentarme con todo lo que había en ella," y después agregó:

—Y por lo tanto hubo suspensión de pagos. ¿Es así?

—Sí, le dije, esa es la explicación del señor Motley.

Y de repente, adivinando la verdad, agregué:

—¿Fué eso una falsedad? ¿Tomó usted el dinero?

—Yo tomé dinero, contestó, pero no tratemos de eso. Dígame usted todo lo que ha habido.

Le referí todo lo que había pasado, y como Felipe y su esposa habían entregado cuanto tenían para satisfacer sus escrúpulos de conciencia, y también como Motley había logrado triunfar de todas las dificultades.

—¿Y el señor Motley continúa los negocios como antes? me preguntó

—Está mejor que nunca, porque ahora todo le pertenece, y tiene además el dinero de Harlowe.

—¿No le ha devuelto esa suma al señor Harlowe?

—Ni un cuarto.

Y como se estaba ya haciendo tarde hice señas a un ómnibus para que se detuviera.

—Una palabra aún, exclamó. ¿Dónde podrá ver a usted mañana?

Le di las señas de mi morada y nos separamos. Dirigí aquella noche mi orquesta como de costumbre, pero bien fácil es imaginarse que mi mente estaba más ocupada con lo que había pasado entre Burns y yo, que con la música que estaba dirigiendo.

La mañana siguiente no me moví de mi habitación, ni aun siquiera para informarme de mis amigos, por temor de que en mi ausencia se presentara Burns en mi casa. Tenía la seguridad de que no me había pedido mis señas sin grave causa, y por lo tanto no sabía que pensar al ver que las horas pasaban y no venía. Mi desazón se aumentaba a medida que el tiempo transcurría, y estuve tentado de ir a casa de Harlowe, creyendo que tal vez habría perdido mi dirección; pero luego reflexioné que si eso había sucedido y él estaba



PUEBLO DE HIGUEROTE. — CALLE DEL "CARDONAL"

NUESTROS GRABADOS

Dr. Luciano Arocha

Después de haber exhibido en nuestras páginas los retratos de gran número de escritores y artistas venezolanos, hacemos que alternen con éstos los de los hombres de ciencia, entre los que escogeremos de preferencia a los más notables de los que ya no existen, quienes harán que también alternen con aquellos que para fortuna de la patria viven todavía.

Hoy ofrecemos a nuestros abonados el retrato del inolvidable Doctor Luciano Arocha, el venerable y sabio anciano tan querido y agasajado por todo el mundo; insigne médico de quien pudiera decirse que era oráculo del diagnóstico, como de otro dijo el gran Cecilio Acosta.

Dr. Don Eduardo Calcaño

Engalanamos hoy nuestras páginas con el retrato del muy notable letrado venezolano Don Eduardo Calcaño, miembro de número de la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española de la Lengua.

Véase lo que en otra sección dice con tan plausible motivo uno de los redactores de este periódico.

Don José María Manrique

Acompañado de unos apuntes biográficos, obra del elegante escritor Antonio Herrera Toro, aparece hoy el retrato de otro académico, autor de varias obras literarias muy apreciadas, con las que el señor Don José María Manrique ha alcanzado merecida fama de escritor gallardo.

El ángel de las tumbas
de los soldados muertos en la última
Revolución de Venezuela

Enterrados en montón cuando no quemados; sin que mano cariñosa haya cerrado sus ojos, ni hecho tomar al rígido cadáver la actitud serena de la muerte; tal vez sin que una oración haya acompañado el caer de sus cuerpos en la fosa; así quedan en el campo esos seres infelices a quienes lleva a la matanza antes la fuerza que la propia convicción.

Hacinadas piedras y solitaria cruz marcan sólo de ordinario el sitio donde reposa para siempre tanto infeliz cuya tumba quisieran conocer los seres adorados que quedan en la tierra. Raro caminante, movido de piedad, allí murmura una plegaria, y el batir de palmas que saluda la ostentación de los laureles, alarga el aspirar sin ruido del que medita en las inconsecuencias de la tierra. Pero ni Dios abandona, ni el amor descansa, ni la piedad olvida; y el recuerdo que incorporea viaja en busca de la ignorada sepultura, encuentra un ángel al pie de aquella cruz, ángel que dice "aquí es: verted sobre estas piedras vuestras lágrimas."

Herrera Toro, conmovido con estas reflexiones que todos nos hacemos, trazó, cerrada apenas la tumba del soldado, el cuadro que hoy reproducimos, y donde con su acierto acostumbrado, presenta el artista con sencillez de sentimiento su piadosa idea.

Maracaibo.—Plaza Concordia y Palacio
de Gobierno

Muy agradable impresión produce la vista del grabado que representa parte de la Plaza de la Concor-

dia de Maracaibo y la fachada del Palacio de Gobierno de la misma ciudad que es una de las más bellas de Venezuela, una de las que más han progresado materialmente, por efecto del adelanto intelectual de sus habitantes, quienes saben exhibirse en toda ocasión como pueblo verdaderamente culto y poseído de aspiraciones nobilísimas.

Terrenos auríferos de "El Potosí"

Alguna idea da el grabado que publicamos con este nombre del aspecto que presentan nuestros terrenos auríferos de Guayana. Es por lo común en medio de las selvas vírgenes de aquellos lugares que la mirada codiciosa del hombre descubre la veta que guarda el precioso metal.

Cuatro vistas de Carenero

La locomotora es verdadero herald del progreso. Véase cómo lo que no ha muchos años era lugar casi desierto, va tomando ese lucido aspecto que pudiéramos llamar primera caricia de la civilización.

Compárense las vistas de Carenero con la de Pueblo Nuevo, y se verá que entre una y otra población parece mediar distancia de leguas, cuando todo consiste en que en la primera reside un herald del progreso.

Tres Vistas de Higuerote

Es sin duda pintoresco el pueblo de Higuerote. Así nos lo muestran las tres vistas que aparecen hoy en nuestras páginas, representando dos de aquellas la desembocadura del Curiepe desde dos diversos puntos de vista, y la otra la calle del "Carnaval." Véase qué precioso paisaje es el que nos presenta el grabado donde figura en el primer plano una canoa.

La Cena de Leonardo de Vinci

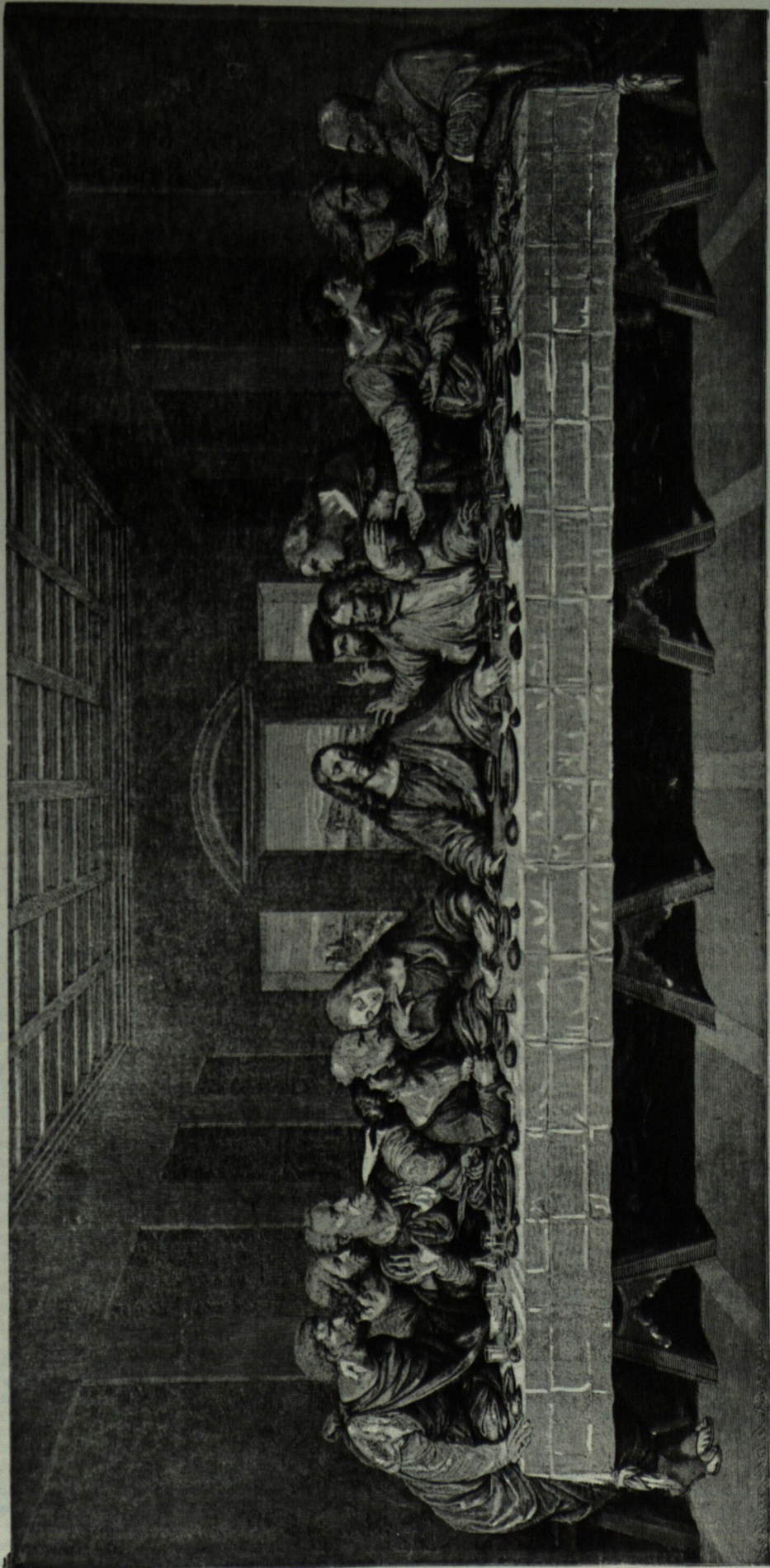
De la célebre obra de Leonardo de Vinci que reproducimos en grabado, no queda ya sino una sombra en el muro del que fué refectorio de un antiguo convento de Milán; y la impresión que ante aquella sombra se siente, se reproduce en el ánimo siempre que algo viene a recordarnos aquella obra maestra del "renovador de las ciencias y de las artes."

Cuando se entra al recinto donde se halla el cuadro, sorprende el número de caballetes de pintores y de aparatos fotográficos que están instalados delante del muro. Ya se comprenderá cuantas copias se obtienen diariamente de la obra de Leonardo; y en ninguna se vé reproducida con fidelidad la expresión del rostro de Jesús, donde está el gran interés del cuadro, el eje, por decirlo así, de la composición.

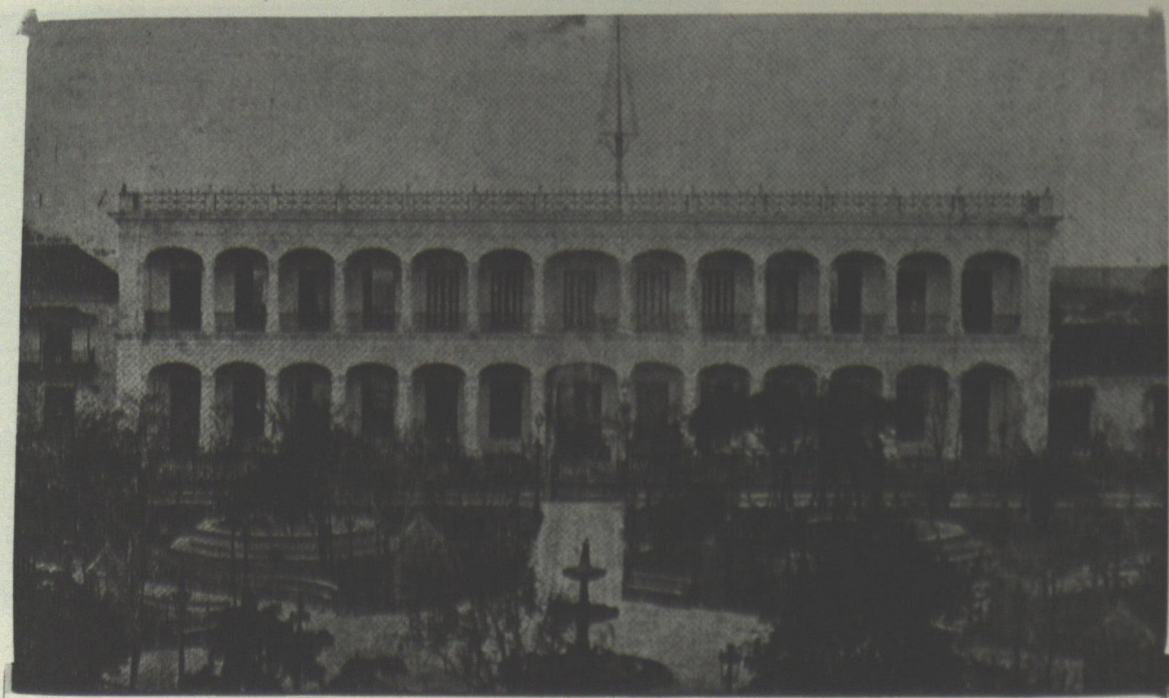
De esta obra grandiosa apenas quedan hoy vagos restos que pronto habrán desaparecido.

Las Violetas.—Música de la señorita Trina
Castillo, de Barquisimeto

Complacemos al señor Ismael Jiménez, de Barquisimeto, publicando en este número la composición "Las Violetas," de la señorita Trina Castillo de la misma ciudad; y cuadra aquí decir que tendiendo nuestros esfuerzos a que EL COJO ILUSTRADO sea un periódico eminentemente nacional, mucho nos complace presentar obras de todos los ingenios de la República, del mismo modo que ofrecemos a nuestros abonados vistas de las distintas localidades conforme las vamos obteniendo, siempre que llenen las condiciones necesarias para su cabal reproducción.



LA SAGRADA CENA. — POR LEONARDO DE VINCI



(Venezuela) — PLAZA CONCORDIA Y PALACIO DE GOBIERNO. — MARACAIBO

verme, podría haber pedido de nuevo mis señas á los Harlowe. En esta inquietud é incertidumbre permanecí en mi habitación hasta las cinco de la tarde, hora en que, oyendo sonar la campanilla, corrí á abrir la puerta y se presentó Burns. Tenía los ojos hundidos y rodeados de un serco oscuro, muy mal semblante, y parecía haber envejecido rápidamente.

—¿Ha visto usted á su niño hoy? le pregunté cuando estuvimos sentados en mi habitación.

—Sí; he estado en casa de los señores Harlowe esta mañana temprano. Hemos convenido en enterrar á mi esposa mañana.

Le respondí algo, sin que recuerde lo que fué. Hubo un momento de pausa, después de la cual Burns dijo:

—¿Me permitirá usted que le pida me repita, lo más literalmente que le sea posible, todo lo que usted sepa acerca de la suspensión de pagos del banco de Motley y Harlowe?

Busqué mi diario en el que nunca dejo de escribir, antes de acostarme, lo más interesante en que tengo alguna intervención durante el día, y le suministré á Burns todos los particulares que habían llegado á mis noticias, especificando los días de la semana y la fecha del mes. Es una buena costumbre llevar un diario: nadie sabe cuán útiles pueden ser en ocasiones dadas, ciertos detalles, aun los más insignificantes.

Después de haber oído todo lo que leí, y de haber tomado apuntes de algunos de los particulares, fijó en mí las miradas, y dijo:

—Bien, señor Holderness ¿qué cree usted de este asunto?

—Hay una cosa que me deja completamente perplejo, le dije. Usted manifiesta que el señor Motley, después de descubrir su... su...

—Mi robo—dijo Burns, supliendo la palabra que mi lengua vacilaba pronunciar.

—Después de eso, según usted dice, por consideración á la esposa de usted, prometió guardar silencio durante veinticuatro horas.

—Sí, replicó.

—A las diez de la noche del trece.

—Pero hasta la mañana del quince no se descubrió que la caja fuerte del Banco estaba vacía.

—Eso me ha demostrado usted.

—Pero ¿cómo es que el descubrimiento no se hizo el catorce?

—Porque, merced al tiempo de gracia que se me concedió, pude ir aquel día al Banco, como

de costumbre, evitando así toda sospecha. Veamos: ¿devolvió usted el dinero que había tomado, ó una parte de él, para facilitar que el Banco continuase sus operaciones el catorce?

—No devolví ni un cuarto: no podía hacerlo. Todo lo que yo tomé fué para cubrir una deuda que había contraído el hermano de mi esposa. No lo digo para disculparme. No tenía derecho ninguno á tomar bajo ningún pretexto un dinero que no me pertenecía. Cometí un robo. Si mi esposa viviera aun, no habría hecho esta confesión. No deseo descargarme de la responsabilidad que sobre mí pesa. Confieso haber robado la caja fuerte del Banco.

—Pero esto aumenta el misterio, repliqué. Porque si el Banco suspendió pagos el quince por no haber dinero en la caja, ¿cómo es que pudo pagar el catorce cuando el dinero de que usted me habla fue extraído el trece?

Permaneció en actitud pensativa unos dos minutos, al cabo de los cuales le dije:

—No sé como poner de acuerdo lo manifestado por el señor Motley con lo que usted acaba de decirme.

—No, respondió. Uno de los dos ha dado una explicación falsa.

—¿Puede usted probar la verdad de lo que me ha dicho? le pregunté.

—Puedo presentar pruebas bastantes para hacer evidente que el señor Motley no ha dicho la verdad. En eso me he ocupado gran parte del día. Puedo presentar testigos que probarán que él estuvo en mi habitación, en Dalston, á las diez del trece, y los libros del Hotel de Charing Cross hacen patente también que el señor Motley durmió allí el catorce.

—¿Y él hizo todo esto para facilitar que usted se escapase, y todo por consideración á la esposa de usted? le pregunté con acento que revelaba mi incredulidad.

—Así me lo hizo creer.

—Si usted se hubiera apropiado una bicoca, le dije, un hombre generoso se habría empeñado en ponerle á cubierto de las terribles consecuencias de ser prendido. Pero por la suma de noventa ó cien mil libras esterlinas—confieso que no puedo comprenderlo.

—Yo no deseo que usted lo comprenda, señor Holderness, exclamó con énfasis. No he venido aquí á despertar sus simpatías en mi favor; deseo tan solo pedir á usted algo de más impor-

tancia. En el caso de que yo sea enviado á prisión ¿quiere usted cuidar de mi niño hasta que cumpla mi condena?

—¿Cómo! exclamé ¿está usted en peligro de ser reducido á prisión?

—No, no lo estoy, replicó; pero pudiera suceder que yo me entregara voluntariamente á la justicia, y por esa razón deseo hallar alguna persona que me prometa hacerse cargo de mi hijo. No conozco á nadie en Londres, absolutamente á nadie á quien pueda dirigirme. No lo considere usted un servicio hecho á un ladrón, sino un acto de caridad á un infortunado niño, un servicio á la memoria de la pobre mujer para quien fué usted tan compasivo.

No le dejé proseguir, prometiéndole que el niño no sería abandonado. Yo bien sabía que Margarita no consentiría en separarse del pobrecito Eddy, y ví que Burns no se atrevía á pedir este favor á aquellos que habían sido las verdaderas víctimas de su mala acción.

Se levantó, me dió las gracias, y se retiró precipitadamente como si quisiese evitar nuevas explicaciones.

.....
Cuando en un entreacto abandonaba mi asiento de director de orquesta aquella noche, un mensajero me entregó una tarjeta, agregando que la persona que la enviaba me estaba esperando en la puerta destinada á los artistas.

En la tarjeta leí—

JOHN MOTLEY,
Eaton Square.

Y encontré á Motley en la puerta del escenario, obstruyendo casi con su corpulenta humanidad aquel estrecho pasaje.

—Sólo le detendré un momento, Holderness, me dijo asiéndome de la mano. Deseo hablar con usted sobre ciertos asuntos mañana. ¿Tendrá usted la bondad de esperarme en su casa á eso de las tres de la tarde?

—Sí, señor; á las tres de la tarde estaré en mi casa, le dije.

—Gracias, muchas gracias. Yo se donde usted vive. Hasta mañana á las tres de la tarde; no lo olvide usted, repitió estrechándome la mano á cada palabra que decía como si quisiera gravarlas en mi memoria.

—No lo olvidaré, le dije. Me dió un nuevo apretón de mano y se fué dejándome asunto para nuevas cavilaciones.—(Continuará.)

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

INTRODUCCION
 INVALIDEZ PARA EL SERVICIO
 SALUD
 ACUEDUCTO DE BARQUISIMETO
 OBRAS RECIBIDAS

Hay días en que nada sucede digno de ser tomado como asunto para una revista. En verdadero aprieto se halla entonces el cronista que por fuerza ha de tomar de los sucesos material para su obra, y nada hay tan desesperante como tener debajo de la mano el motón de vírgenes cuartillas, ver al cajista apercebido para dar comienzo á la labor, descubrir cierta expresión de expectativa en la cara del editor, y tender la vista en vano hacia la quincena trascurrida que solo presenta una sucesión de días y de noches perfectamente iguales, horas en que nada ha venido á introducir variación en las monótonas impresiones de los quehaceres cotidianos.

Póngase el lector en lugar del cronista, para quien hay sucesos, como los políticos, absolutamente vedados; que no puede crear hechos que comentar y que ve acercarse con rapidez el momento de poner las formas en la prensa sin que nada, absolutamente nada de particular ocurra que pueda aprovecharse para llenar si quiera sean dos cuartillas. ¿Qué hacer? Escudriñar en el pasado, refrescar recuerdos de lejanos hechos, y decirle á los lectores: Señores muy estimados: estoy aquí para referir á ustedes lo que ocurra, y como es el caso que nada ocurre, debo decirles á ustedes eso mismo, á saber, que no tengo nada nuevo que decirles. Pero si no hay nada nuevo, nunca falta algo viejo entre los papeles del que tiene la pícara afición de borrar. Así, pues, allá va eso que he encontrado entre los míos, y ustedes dispensen, que para otra vez será peor.

INVALIDEZ PARA EL SERVICIO

El gobierno acababa de convocar las milicias del Distrito Federal, y, en consecuencia, se había reunido y despachaba en una sala del hospital más próximo al centro de Caracas, la Junta de médicos designada para el reconocimiento de los ciudadanos que alegasen invalidez para el servicio de las armas, por hallarse comprendidos en los casos que precisa la ley.

Yo era uno de los comprendidos, no por causa de mi principal invalidez para el servicio militar, la cual consiste en la poca simpatía que hay entre las balas y yo; no, esta invalidez no está prevista por la ley. Si lo estuviera, qué pocos no se acogerían á ley tan providente!

Mi invalidez consiste en... les hago á ustedes gracia de una lección de patología.

Llegué de los primeros, el primer día de los fijados para el reconocimiento, y hallé reunida la Junta en un cuartito con piso de ladrillos crudos, paredes encaladas y cielo raso de telarañas. El mueblaje consistía en algunas sillas más inválidas que los que iban á ocuparlas, y una mesa con ralda carpeta de alfombra que mostraba sus semi-borrados dibujos en los raros lugares donde lo permitían las manchas de tinta, que eran de todas edades, tamaños y condiciones.

Sentados en torno de la mesa estaban hasta cinco galenos, los miembros de la Junta. El Presidente, vejete flacucho y calvo, sufría de fluctuación en los ojos, á cuyo socorro iba á menudo con el pañuelo que, doblado en forma de cartera, llevaba en el bolsillo interior izquierdo del gabán. El facultativo que estaba á su derecha, hombre obeso y de carrillos lustrosos, no despegaba los labios porque tenía pegados los ojos por el sueño. El que hacía de secretario, hombrecillo de edad indefinible con el rostro rapado, usaba gafas verdes y dientes postizos que le bailaban dentro de la boca no bien la abría para hablar, de suerte que cada palabra suya iba acompañada de algo así como un chasquido.

Empezaron los señores médicos por reconocer á un individuo alto y enjuto que dijo ser arriero, el cual, interrogado sobre su invalidez, manifestó padecer de una *puntada* que le empezaba en la paleta izquierda, y, después de recorrerle todo el cuerpo, se le fijaba en el bazo, (y designaba el lugar del hígado.)

Siguió á este un sugeto con cuerpo de tonel y nariz rubicunda y salpicada de puntitos negros, persona que parecía tomar con frecuencia bebidas refrescantes. Este no consintió en revelar su invalidez sino al oído del médico.

Después fué reconocido un joven pálido, enclenque, con melena de poeta y ojos de cordero degollado. Este sufría de dolores de cabeza, de pituita, de cayos, y sobre todo, para él no empezaba el año con enero y terminaba con diciembre, sino que entraba y salía con mayo.

Luego vino un alarife, de cuyas explicaciones resultó que una pelota se le paseaba del guardiero al ombligo, por lo cual tenía la *cólera revuelta con la bile*.

Ya iba á llegarme mi turno cuando observé en la puerta un movimiento general entre los que allí estaban de pie por no haber hallado asiento.

—Paso, paso! dijo una voz; y no sin que se apretasen unos contra otros los que formaban el grupo de la puerta, entraron tres individuos con suma lentitud. Era un inválido que, llevado por dos amigos, iba á hacerse reconocer. Parecía estar en extremo extenuado el infeliz, á juzgar por el casi ningún esfuerzo que hacía para andar; sus compañeros le llevaban poco menos que á rastras. Mas no era esto lo que más impresionaba á la vista del enfermo, sino el extravío de la mirada, lo fatigoso de la respiración, el descolgamiento de la mandíbula inferior y el horrible estado de angustia en que parecía estar su espíritu.

Maquinalmente me puse de pie y le cedí mi asiento, á donde llegó con harta pena, después de haberse detenido varias veces, moviendo de un lado á otro la cabeza, como para manifestar el convencimiento de su cercano fin.

—¿Qué tiene ese hombre? preguntó uno de los médicos.

—Una... aneu... risma... se... ñor! contestó él.

—Santa Tecla!—dije para mi capote—este diantre se va á morir aquí: le va á matar el esfuerzo que acaba de hacer.

Ya no pensé sino en escurrirme para no presenciar el espectáculo que presentaría; pero ¿y mi cédula? ¿Para irme sin ella había pasado allí dos mortales horas, viendo las gafas verdes del secretario, oyendo los acompasados ronquidos del galeno lirón, y observando el ir y venir del pañuelo del Presidente del bolsillo á los ojos y vice-versa?

Pudo más mi deseo de conseguir la cédula y resolví presenciar la agonía del aneurismático.

De pronto el secretario me asestó las gafas verdes; y después del chasquido con que se ajustaba la plancha, me indicó con un ademán que me tocaba el turno.

—Dispense usted, quisiera cederle mi derecho á este señor, dije, movido no tanto de compasión por el moribundo, como de temor de que nos hiciese pasar un sofocón mientras los médicos se ocupaban de mí.

Mis palabras fueron acompañadas de un movimiento de las gafas verdes en dirección del Presidente. Este, dejando por la centésima vez fehaciente prueba de la flucción que le aquejaba en ambas páginas de su cartera de lienzo, asintió con un pausado movimiento de cabeza.

Por fortuna el médico se limitó á tomar el pulso al enfermo, y después de informarse de su nombre y domicilio, añadió:—Puede usted retirarse, se le enviará la cédula.

La salida del aneurismático fué más lenta y penosa que la entrada.

Todos los médicos le siguieron con una mirada y un gesto que yo traduje de este modo: no vive veinte y cuatro horas.

Luego que fué despachado, salí, preocupado con el recuerdo de la escena de que había sido testigo; recuerdo que no me abandonó en todo el resto del día.

La noche fué terrible: la pasé toda en una pesadilla. Soñé que tenía una aneurisma como una calabaza dentro del pecho; que me había tragado un alfiler, y que éste estaba próximo á pinchar aquella bolsa donde estaba depositada toda la sangre de mi cuerpo. Soñé también que el enfermo se había muerto y venía á darme las gracias por haberle cedido mi asiento.

Me levanté atormentado por aquel recuerdo, y me lancé á la calle, ávido de borrar de mi memoria la escena del día anterior. Recorrí varias calles maquinalmente, y sin darme de ello cuenta, tomé la que conducía á la casa de aquel á quien ya suponía amortajado, cuando de improviso veo venir en dirección opuesta nada menos que al mismo, al mismísimo caballero de la aneurisma, andando con irritantes desenvoltura y rapidez, y dándole vueltas á un junquillo en la mano derecha.

Del hombre del día anterior no quedaban sino los rasgos fisonómicos.

Al pasar me reconoció y con una sonrisita burlona me soltó un *adida mio caro* que me aplastó.

—Venga usted acá, pillastre: ¿conque todo lo de ayer fué una comedia?

—¿Y ahora es que cae usted en ello?

—¿Por qué no se dedica usted á actor?

—Porque ya lo soy, me contestó, y siguió su camino dejándome en la más ridícula actitud que creo haber tenido desde que me llamo como ya ustedes saben.

La antipatía con las balas, de este Salvini ignorado, era indudablemente más fuerte que la mía.

Se encuentra en Caracas el apreciable cabañero Ricardo Neubauer, socio principal de la tan conocida casa comisionista de Hamburgo que gira con la razón de A. F. Neubauer. Numerosas y muy importantes relaciones con el comercio de Venezuela lleva la casa mencionada, relaciones que sus dueños saben cultivar y acrecentar, resultado éste del crédito que siempre acompaña á quien pone en sus procedimientos actividad, eficacia y corrección.

La empresa de EL COJO ILUSTRADO presenta al señor Neubauer cordial saludo, deseándole grata permanencia en la capital de la República.

Enviadas por un amigo de Puerto Cabello, están en poder de esta empresa varias vistas del Acueducto de Barquisimeto, obra del hábil ingeniero Doctor Luis Muñoz Tebar. Dichas vistas serán publicadas con especial placer en el próximo número de este periódico, con algunos apuntes referentes á la misma obra.

OBRAS RECIBIDAS EN ESTA REDACCIÓN

Reconozcámonos.—Folleto de 24 páginas en octavo, por el ciego Ramón M. Palacio. Quinta edición. Imprenta de "La Patria". Precio \$ 1.25.

Estudios Literarios.—Por Marco Antonio Saluzzo.—Un volumen de 200 páginas, en octavo. Tipografía "Guttemberg", 1892. Precio B 6.

De Actualidad.—Folleto de 9 páginas en octavo, por J. P. Rojas Paúl. Tipografía de T. de Arredondo B. y C., 1893.

El Descubrimiento de América.—Poema en verso, por Don Julio Calcaño. Folleto de 15 páginas en octavo. Imprenta de "La Patria", 1892.

Almanaque Universal.—1893.—"El Sol de América".—Un volumen de 200 páginas en dozavo. Administración: Avenida Sur, número 131, Caracas.

PERIÓDICOS.—*Flores y Letras*, número 3. Vol. II.—*El Experto*, número 2.—*Boletín de la Riqueza Pública de Venezuela*, números 45 y 46, Tomo III.

CONCEPCIÓN SANTAMARÍA DE BORGES

Dolorosa sorpresa ha causado en nuestra sociedad la noticia del fallecimiento de la señora Concepción Santamaría de Borges, acaecido en Valencia en estos últimos días. Pertenecía la señora Borges á respetable y muy relacionada familia de esta capital, y era centro de honorable hogar que es gala de la sociedad valenciana, afligida hoy por suceso tan sensible.

Acompañamos en tan justo duelo á todos los deudos de la respetable matrona, y muy especialmente á su hijo Elías S. Borges, y su hermano Julián Santamaría, ambos muy estimados amigos nuestros.



ENIGMA

Hermanos son:
 el uno va á misa y el otro no.

Las soluciones en el próximo número.

LAS VIOLETAS

A las Señoritas Alcira y Juana Yepes

Por TRINA CASTILLO — Barquisimeto

The musical score is written for piano and features five systems of music. The first system begins with a large, ornate 'D' for 'Dinero' and includes the instruction 'Congusto:'. The second system includes the instruction 'dim...'. The third system includes the instruction 'D.C. al fine'. The fourth system includes the instruction 'cres...'. The score is written in a key with one flat (B-flat) and a 4/4 time signature. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings.